

of

—Así descansaremos—replicó doña Amalia, mirando a su esposo.—Creo—añadió,—que se debe comprar ropa en seguida para Quinito. Este favor, pudiera hacerlo usted, don Salustiano, acompañándole mañana.

—Con mucho gusto, todo lo que usted mande—repuso aquél.

—Por mí—replicó el hasta entonces grumete del “Viralta”,—no hagan ustedes mayores gastos, considero demasiado favor que me paguen mi pasaje. ¡Qué gusto voy a tener atravesando los anchos mares, pisando luego la tierra Americana!

Se despidió de todos el administrador, elogiando íntimamente la nueva obra de caridad que hacían aquellas almas bondadosas, dignas de mejor fortuna.

Lucía estaba pensativa; no podía conformarse con la próxima separación de aquellos seres en quienes había puesto todo su cariño.

—¡Vamos mujer!—decíale Lola, ~~no te aflijas tanto;~~ aunque estemos lejos de tí, te hemos de recordar siempre y todos los correos te traerán noticias de nosotros.

—Es que yo no quiero quedarme—contestó la institutriz, sumamente ~~compungida.~~

—Lucía—dijo doña Amalia,—usted es discreta e inteligente; no ignora nuestra situación y debe comprender cuántas economías debemos hacer ahora.

—¡Pero si yo no pido nada! Lo único que deseo es ir con vosotros, corriendo vuestra misma suerte, porque ya son tantos años que estoy a vuestro lado!... Las niñas son mi cariño más verdadero y me moriré de dolor cuando al despertar en otra casa donde pueda colocarme no las vea; eso me será insoportable.

—¡Por caridad, Lucía!—díjole Lola.—Basta, no llores, mi mamá ha pensado darte dinero para que marches a Londres con tu familia, así no te encontrarás tan triste.

—No, eso no lo consentiré yo—replicó Lucía,—tengo algunos ahorrillos; pero lejos de vosotros no habrá nada que pueda conformarme. ¡Yo he velado tantas veces el sueño de Laurita! ¡Yo he guiado de usted, Lola, sus jue-

+
suerte.

apenada.

+
e +

gos infantiles! Ahora el Destino me arrebató las dos criaturas que he mirado con ternura de madre, formando a mi modo su carácter, querida Lola, para que pudiera ser fuerte ante el dolor.

—¿Y por qué entonces no lo es usted ahora?

—Porque es más fácil dar consejos, que reprimir las ansias del corazón. ¡Pero no importa, una institutriz por mucho que se la distinga, como ustedes me distinguieron, no será considerada nunca como persona de la propia familia, por eso Lucía, la inglesa, la que oculta como los volcanes cubiertos de nieve, fuego en su alma, marchará a Sevilla sola y triste, porque nadie la quiere ni la comprende tampoco!

—¿Qué hacemos, mamá?—preguntaba Lola a doña Amalia, sintiendo correr lágrimas ardientes por sus mejillas.

—Llevarme como llevan al grumete—replicó Lucía,—para que todos unidos corramos la misma caravana.

—¿Y por qué te quedas?—le preguntó Laurita candorosamente.

—¡Llévame contigo, niña mía! Dile a papá que si no me lleva vas a llorar mucho.

Y Lucía estrechó contra su pecho a la pequeña, besándola amorosamente.

—Vendrá usted con nosotros—dijo muy emocionada doña Amalia.—Esto es, si mi marido no se opone.

—Sí, sí—contestó Lola, acariciando a su madre.—papá hará cuanto tú quieras; eso demasiado lo sabemos, mamacita mía.

En aquel momento entró don Fernando.

—¿Verdad, señor—le preguntó la institutriz,—que usted me permite que los acompañe yo a México?

—Si la señora está conforme no veo inconveniente alguno. Ella manda y ordena—repuso el interpelado.

Imposible describir la alegría de la inglesa, quien abrazó a Lola y Laurita, besando con respeto la mano de doña Amalia.

Al día siguiente, Quinito, después de recorrer las tiendas con don Salustiano, regresó al hotel más contento que unas castañuelas.

—¿Se puede pasar?—preguntó, llamando con los nudillos de los dedos en la puerta del departamento que ocupaban sus protectores.

2.

a

:

+

—Adelante, adelante—dijo Lola.

—¡Qué majo vienes!—objetó Lucía, viendo al recién llegado vestido de punta en blanco.—¡A ver?, déjame que te vea; no pareces el mismo! ¡Mírelo, mírelo usted, señora condesa! ¡Vaya si está guapo el muchacho! ¡Cualquiera diría que no es un señorito!

—Por la ropa, sí; los sastres y las modistas hacen personas decentes con unas cuantas pesetas.

—¡Qué profundamente piensas—díjole doña Amalia.

—Cuando se ha vivido en el llano y se vive todavía, sólo así se aprende a conocer lo que vale el corazón. ¡Todo esto—agregó señalando a su ropa,—ha costado mucho dinero! Yo no quería un traje tan caro; pero don Salustiano me aseguró que lo bueno mucho cuesta, y que me duraría más tal vez que otro corriente.

—¡Claro, claro!—objetó don Fernando.—A ver, date vuelta. Me gusta mucho, hombre! Te queda admirablemente. Ahora—prosiguió el mismo,—es necesario que en América aprendas a leer, a escribir, en fin, a instruirte; porque tú tienes razón, hay muchos que por la indumentaria parecen grandes señores, aunque sean burros con buena albarda.

—Eso no quiero serlo yo—contestó Quinito—Tengo ganas, muchas ganas de aprender. Ahora—repitió—que ya les he saludado, si no me necesitan marcharé antes que todo a la iglesia, para pedir a Dios que nos ampare; que no nos deje de su mano ~~en~~ el largo viaje que vamos a comenzar, y luego a recorrer la ciudad de Cádiz.

Salió Quinito del departamento citado con la deservoltura de un joven a quien no le sorprendiera verse vestido con elegancia. Recorriendo las calles de aquella histórica tierra andaluza también, se dirigió al Sagrario, incándose ante un magnífico Cristo de faz doliente, al que miraba con esa fe sencilla de las almas que todo lo ignoran; pero saben que existió el Hombre-Dios que murió para redimir el mundo. Luego, fué al muelle, encontrándose en el camino a su ex-compañero Chuquita, quien le preguntó:

—¡Oye, pero eres tú?

—El mismo que te dijo en Sevilla, ¿te acuerdas?, que la suerte me mandaría para las Américas. Allá me voy, porque he encontrado gente que no todos los días

47

se encuentran al paso; son unos señores caritativos, pero con esa caridad que no obliga a nada por parte de ellos, pero sí por parte mía.

—¡Te felicito, te felicito!—repuso Chuquita, abrazando al ex-grumete.—Yo—dijo—me he separado del “Viralta” para buscar trabajo en un buque de ultramar; mucho me alegro de tu buena suerte y más todavía de ver que te muestras agradecido con esos señores que te protegen, porque nunca ha de darse cabida en nuestro pecho al hielo de la ingratitud; eso ya lo sabes.

—Antes me dejara matar—repuso Quinto con vehemencia.

Despidiéronse los dos amigos, que nunca más se volverían a ver. El primero fué a pasear por la hoy derribada muralla, deteniéndose ante los cañones cuyas granadas hablaban de hechos históricos ignorados por él; pero sintiendo en su espíritu cierto orgullo de haber nacido español, debido a las leyendas que escuchara, respecto a cuanto contiene de grande la historia magnífica de España. En la soledad majestuosa que reinaba en aquel sitio, azotando las murallas en su base el mar encrespado, que tragó a otra ciudad oculta en su seno, contemplaba Quinto aquel espectáculo. El sol, dorando con sus reflejos las ondas marinas, difundía su luz por Cádiz, tierra donde se reunieron por primera vez las famosas Cortes españolas. En el alma de aquel imberbe fueron levantándose los pilares del sentimiento patriótico dando un adiós, que surgió como una evocación sagrada de esperanza, ante el porvenir.

—¡Qué gentío!—exclamó don Fernando, dirigiendo sus anteojos de viaje hacia el magnífico vapor donde con su familia debía embarcarse para México. Como hemos dicho, por varios días se mantuvo el mar picado. La barca velera que condujo a nuestros personajes a bordo del trasatlántico, amenazaba ser juguete de las olas.

—¡Que se hunde, papacito mío!—gritaba Laurita, muy asustada.

—No tengas miedo, mi nena—replicó Quintín, acos-

48

a la patria,

a

tumbrado a ver la imponente bravura de la bahía gaditana.

Cuando llegaron al "Sagunto", nombre del vapor que hacía la carrera de Génova a Cádiz, Nueva York y México, fué difícilísimo trasbordar. Quinito cogió a Laurita en sus brazos, salvando la escala velozmente. Dos marineros ayudaron a las señoras para embarcarse, mientras don Salustiano se despedía de don Fernando, volviendo rápidamente a tierra por temor de que la mar hiciera un desaguado, agitando su pañuelo a la distancia. Cuando los viajeros se hallaron sobre cubierta, invadido todo el buque por emigrantes, Lola preguntó a su padre:

—¿Qué jerga habla esa gente?

—Son italianos—repuso aquél.—marchan para Nueva York. Mira, cómo van ocupando ~~la parte de proa~~, ¡pobrecillos, qué pena me da ver la miseria en viaje!

La confusión de aquel momento era terrible. Cospedidas, órdenes de los superiores, ruido de la maquinilla por efecto de la carga y descarga, aquel olor acre que partía de las bodegas, donde se trasladaban de Europa al Continente Americano, tanta desgraciada criatura cifrando su esperanza en un nuevo horizonte que se abriría a sus actividades, viviendo por espacio de muchos días en acinamiento perjudicial para la salud, aquella gente sin distinción de nacionalidad. Allí eran todos emigrantes, aunque entre ellos hubiera alguno cuya condición social por nacimiento pudiéramos considerarla diversa; pero todos buscadores de oro, obreros de brazos hercúleos, como licenciados de presidio tal vez; madres amantes entre ellos que resguardaban a sus pequeñuelos de algún mal golpe ~~de~~ aquellos instantes de confusión; mujerzuelas de la última jaez, cuyos encantos deslucidos buscarían mercado en los leonicinios de América! Guitarras sucias y destempladas, acordeones dolientes y herramientas de trabajo, todo viajaba con la esperanza de sus dueños, a quienes la fortuna, negándoles sus favores, lanzaría sobre las playas hospitalarias de un mundo, que fué desconocido hasta que España lo descubriera al beso de su amor y de su fé, conquistando por la razón de la fuerza el territorio mexicano, de cuya acción nos ocuparemos más detenidamente en el trancurso de nuestra obra.

en

los

D

en

todos

• • •

—Estos son los camarotes—dijo el mayordomo del “Sagunto”, a don Fernando, quien pasó seguido del mismo por el comedor de primera clase. Luego añadió:—Cuando los señores quieran, pueden tomar el desayuno.

entrd

—Está bien—dijo doña Amalia, quitándose su sombrero, mientras Quintín depositaba sus maletines de mano sobre un sofá del citado camarote.

Raúl, el hijo menor de don Salustiano, subió al barco para entregar al viajero varias cartas de presentación que le mandaba el marqués de Siiva, dirigidas a ciertos connotados españoles residentes en la República Mexicana. Cuando las leyó, díjole al joven:

—Está bien, muchas gracias; ya escribiré yo a mi querido amigo.

—No bien recibamos carta de usted—dijo Raúl,—entonces se le remitirán fondos, porque dice papá que la entrante semana debe anunciarse la venta de la casa que habéis dejado.

contestó

—¡Con harta pena!—contestó Lola.

—¿No sería mejor alquilarla?—preguntó doña Amalia.

—No, mujer, no—replicó su marido.—Yo pienso hacerme hombre de negocios, por tanto, necesito dinero inmediatamente; en América todo es especulación.

en

—Fernando se siente ahora negociante!...—dijo a Raúl doña Amalia.—Pero no creo que su espíritu se incline al mercantilismo en ninguna forma.

—Te equivocas, el porvenir de nuestras hijas es preciso asegurarlo; si el capital aunque sea mucho, como lo es, no se multiplica donde los negocios suelen ser lucrativos, gastando únicamente como hasta hoy, caeremos en la ruina y yo, al salir de España, me propongo cambiar de vida.

+

—Te desconozco, papá—objetó Lola.—nunca he oído que hablaras de ese modo; yo creo, como mamá, que genio y figura hasta la sepultura.

Una campana dió la señal de partida, para que los no viajeros se retirasen de a bordo. Raúl se despidió de don Fernando y su familia, mirando a Lola intensamente, porque la amaba en secreto.

pango

—¡Buen viaje!—les gritó desde el bote que lo trasladaría al muelle, en aquel tiempo que aún no estaba el puerto construído; viendo a la distancia las escenas emocionantes que se desarrollaban en el portalón del “Sagunto”, porque la partida de un buque resulta siempre dolorosa. Cuando los pasajeros se retiraron de cubierta, en ella quedó únicamente Quinito pensando en Sevilla, con el mismo cariño y pena que un buen hijo piensa en su madre.

—¡Adiós patria, adiós España, adiós mi tierra gitana, andalucía de mis amores! Brisas del mar, recoged mis suspiros; aveillas marinas llevad en vuestras alas la despedida triste de este huérfano y desamparado, depositando en Sevilla, sobre sus flores maravillosas, el beso de mi ternura.

Hemos notado, y con nosotros el lector, que el protegido de los condes de Cifuentes, Quinito, el cual desempeñará un papel importante entre los personajes que dan vida a nuestra obra, cómo no era él un espíritu vulgar. Considerando el cambio de posición que le ofreció la suerte, estaba convencido de que si todos los que son buenos, aspirando mejorar de posición, no por favoritismos, ni por medio de la caridad que aumenta el número de holgazanes, si no por el esfuerzo propio, dedicado a cualquiera de las actividades del músculo o del cerebro, encontraran como él una mano generosa que les ayudase, se cometerían menos delitos nacidos de la desesperación, o ignorancia, no menos del talento humillado injustamente.

El “Sagunto” seguía su viaje sin novedad. Los pasajeros, como sucede siempre, pronto familiarizaron entre gándose a pasatiempos diversos. De ~~tercera~~ partían los acordes de una música, a las veces melancólica, ora canciones napolitanas o bien aires españoles que alegraban como ninguna. Quintín hizo amistad con un joven florentino de arrogante aspecto, que viajaba en tercera, pero sin tratarse con sus compañeros emigrantes como él, que si era pobre de recursos tenía ~~por la mano~~ vasta

Handwritten annotations: A large diagonal line with a cross on the left side. A horizontal line with a cross on the right side. A horizontal line with a cross on the right side. A horizontal line with a cross on the right side. A large bracket at the bottom with a cross on the right side. The number '57' is written in the bottom left corner. The word 'prosa' is written in the middle right area.

cultura, lo que en este caso significaba su mayor desgracia.

—¿Irá usted molesto, verdad?—le preguntó Quintín.

—¡Figúrese!—repuso el interpelado;—es un crimen que cometen las compañías navieras con los infelices que tenemos que viajar en esta forma. Hasta los más pobres de esos emigrantes cuentan en sus casas con una palangana siquiera donde lavarse la cara y mesa para comer. Aquí en esta poca, vamos peor que los animales de raza fina. Verdad es que no pagamos mucho; pero sí lo bastante para que se nos atendiera de otro modo.

La queja del joven florentino con quien simpatizara muchísimo Quintín, era justificada. Juan, que así se llamaba aquí, demostró ser un anarquista de espíritu, no aceptando que el talento, si como tal se le considera, dejara su puesto de centinela avanzado de la cultura y progreso en todas las ramas del saber. Su palabra fluida penetraba en el corazón de Quintín que era muy listo, habiéndole dicho su nuevo amigo que cultivaba la poesía y la música como profesión, hablando y escribiendo correctamente su idioma italiano, el español y el francés. Sin protección en su patria como tantos otros, se alejaba de ella en pos de mejor suerte. Iba a tierra americana, no siempre propicia para los que llegan a sus playas sin otro ~~hacer~~ que su intelectualidad, considerada como medianía, pero sí para aquellos dispuestos a todo trabajo por grosero que éste sea. Después de pasar miles de vicisitudes el emigrante, casi todos los que más tarde recogen el premio de sus afanes, comienzan por barrer la tienda o almacén donde se colocan, levantándose al ser de día, durmiendo sobre el mostrador en un colchón casi tan duro como la madera misma; pero van ahorrando centavo por centavo, hasta que ascienden pecuniariamente; luego, muchos de ellos se hacen dueños de la casa donde aprendieron a conocer penas que no se olvidan jamás. Pero venir al Continente Americano no habiéndose destacado en Europa como una lumbrera, escritor, artista poeta, músico, en fin, los llamados intelectuales cometen una gran imprudencia, porque ~~estos países necesitan~~ de brazo que fomenten todo trabajo material, agricultores que abran surcos a la tierra y no emigrantes de levita que traigan un bagaje espiritual, porque de éste no se escasea. Juan lo ignoraba como otros muchos europeos

52
or

recuerdo

+ ~~esta el~~
~~manera~~

7,

Teja

52

aquí se necesitan
es necesario,

bagaje

viniendo,

creyendo átrasados, erróneamente, a los pueblos americanos, los cuales no han de menester mediocridades de importación, aspirantes de su dinero y de gloria, no tan fácil de alcanzar.

•••

Mientras que nuestros amigos llegan a México, volvamos a Sevilla, donde quedó el marqués de Silva preocupado por la suerte de los mismos. Su espíritu conservador no reprochaba al conde de Cifuentes, antes bien, su ~~transigencia~~ ~~sentía~~ ~~hacia~~ ~~el~~ ~~emigrado~~ ~~admiración~~, por el convencimiento de sus ideales sostenidos, ~~tesoneramente~~. Vivía el personaje de referencia en un magnífico palacio de su propiedad, cerca del renombrado Paseo de las Delicias, donde lucen sus encantos los días de moda en lujosos carruajes, las mujeres más distinguidas y hermosas de Sevilla.

Nuestro ~~citado~~ marqués se mostró siempre refractario al matrimonio; sólo había amado una vez en su vida. Aquella mujer de rara belleza, murió dejando su alma en la decepción más triste. Hijo de un diplomático brasilero, se complacía en recordar la patria de su padre, descubierta por Alvarez Cabral, en la que estuvo siendo niño, considerando como una verdad inconcusa lo que dice el poeta respecto a la nativa: "No hay un pedazo de tierra sin una tumba española", tampoco hay en América, inclusive la del Norte, donde la huella de España deje de advertirse. Eso nos enorgullece.

•••

Era una noche plácida.

Las estrellas titilaban en la altura derramando su luz sobre el "Sagunto" cuya sirena anunciaba la proximidad de tierra mexicana. El regocijo entre los pasajeros fué muy grande, después de tantos días de viaje porque se encontraban fatigados. En Nueva York y la Habana desembarcaron muchos, en su mayoría de tercera clase. Con ellos el músico y poeta florentino que amistosamente se

Handwritten notes:
+
+
+
+
La Capital
de aquella ciudad

60

despidió de Quintín. Pocos días después se divisaba Veracruz.

—¡Salve, México!—exclamó don Fernando, descubriéndose ante la bandera que ondeaba en el citado puerto.

—Mira, mira, mamá, cuánta gente; ¡qué calor hace!—exclamó Lola, asomándose a la borda. Muchos de los pasajeros de cámara, eran mexicanos, los cuales después de pasar por Europa, regresaban a la patria.

El "Sagunto" seguía avanzando lentamente, echando anclas, a media tarde.

Corría el mes de enero.

Un sol ardiente iluminaba el cielo mexicano.

Llenados los requisitos legales, el conde y su familia desembarcaron, encargando a Quintín que se cuidara del equipaje. Una vez en tierra advirtieron que la temperatura de Veracruz, era tan cálida como la de Sevilla en junio. Se alojaron nuestros viajeros en uno de los mejores hoteles, ~~donde pernoctarían~~, disponiéndose a marchar, después de uno o dos días de reposo, a la capital de la República. El calor sofocante que se advierte en el puerto jarocho, impidió a la familia de Cifuentes salir de su alojamiento para recorrer la ciudad denominada Villa Rica, heroica por múltiples conceptos que nos revela la Historia.

* * *

—Qué magnificencia! —dijo Lola mirando por las ventanillas del tren el soberbio paisaje que impresiona al viajero desde el puerto ya dicho anteriormente hasta la Capital mexicana.—Don Fernando iba meditabundo; comenzaba a sentir las tristezas del emigrado.

—¿Qué piensas?—le preguntó doña Amalia.—Nada, no te preocupes —dijo su marido.

Al cruzar las Cumbres de Maltrata un grito se le escapó a Lola exclamando: —¡Qué precipicio!

—Vaya una obra de ingeniera soberbia, —contestó su padre, mirando hacia la alta cima donde el tren se encontraba.

—En verdad, señor,—dijo Lucía poniéndose en pie.—Laurita pretendió asomarse a la ventanilla del pullman para mirar unos corderos que apacentaban en el llano; pero su madre, oponiéndose al deseo manifestado por la niña, la dijo:

—No, nena, no. ¡Vamos, no te empeñes, no seas terca!
—repetió, sentándola a su lado.

—Es muy peligroso, —objetó uno de los pasajeros, con marcado acento español, preguntando:

—¿Vienen ustedes de la patria? Me permito hacer esta pregunta porque veo que no conocen estos parajes.

—Sí, es verdad, recién hemos llegado de España, hace dos días y usted ¿cuánto tiempo lleva en este país? —inquirió don Fernando al ~~citado~~ viajero.

—Muchos, muchos años, —contestó el interpelado dando a su compatriota una tarjeta con su dirección. —Esta es su casa, donde estoy para servirles, —dijo le muy cortesmente.

El rostro de don Fernando se animó alegrándose de haber encontrado a un ~~español tan fino~~, al barba.

—De modo, —dijo mirándole, — que ya lleva usted en esta República algunos años?

—Más de cuarenta. Vine a México cuando tenía catorce de edad; pero ya hice algunos viajecitos al terruño.

—¿Es muy grande la colonia española de la Capital mexicana? —preguntó Lola al pasajero con quien su padre había trabado conversación.

—Bastante en número, pero no en calidad.

—Pues ¿qué no son bien avenidos y laboriosos? —inquirió la misma.

—Ya sabe usted, —repuso el primero, — cuán indómito es nuestro carácter; donde haya cuatro españoles, no faltan opiniones contrarias.

—Yo he oído decir, —añadió don Fernando, — que en México, como en toda América, nuestra colonia es verdaderamente patriota y honorable.

—No lo niego, pero en sus prohombres ~~o connotados~~ ~~españoles~~, como se les dice, encuentro algo que no me agrada, lo mismo sucede en todos cuantos viven en este Continente. Yo he visitado, —prosiguió el pasajero, — la Argentina, Uruguay, Brasil, Cuba, Venezuela; en fin, siendo representante de una fábrica de calzado, la mejor de Cataluña, todas las Repúblicas de origen español. No desconozco que nuestros paisanos hacen grandes obras, que fundaron y sostienen magníficos centros recreativos como los de la Habana y hospitales grandiosos que mandan sumas ingentes de dinero a la patria cuando sucede alguna

compañista

+
+
+

+
+
+

con

+
+
+

calamidad pública o necesita defender el honor de nuestra bandera, ¡todo eso es verdad!

—Entonces, —preguntó don Fernando,— ¿qué hay de malo en ellos?

—Verá usted, —contestó su compañero de viaje que desempeñará en nuestra obra un importantísimo papel, cuyo nombre era Antonio Ruelas.

—Nuestros paisanos, —dijo nuevamente el ya citado viajero,— han establecido en América, clases sociales también, imperando la aristocracia del dinero, es decir, triunfan, no los que valen más, porque éstos no serán nunca comprendidos por ellos y mucho menos valorizados especialmente los intelectuales que nos visitan confiando en la protección de los españoles, que a la distancia revelan generosidad cuando sus nombres deben salir publicados en la prensa como caritativos y generosos.

—Pero eso, —contestó Lola,— que es muy criticable, no creo que sea defecto único de nuestros compatriotas y no me agrada que nadie delante de mí, desprestigie a los españoles fuera o dentro de España.

—Lamento mucho, señorita, —dijo Ruelas,— desagradarla, pero hablo con perfecto conocimiento de causa.

—Si no fuera usted español, —repuso la hija mayor de don Fernando,— me dolería mucho más que hablara de ese modo donde otras personas están escuchando.

—Lo que yo digo es público y notorio, —contestó Ruelas.

—Muchas cosas, —interrumpió doña Amalia,— se saben, pero no debieran repetirse cuando no benefician a la colectividad o persona determinada.

—¿Por qué no? —inquirió el aludido frunciendo el ceño.

—Por que quien habla mal de sus hermanos da una idea muy triste de sí mismo, —contestó la dama.

—Siento, señora, merecer de ustedes una opinión diversa a mi buen deseo de informarles respecto al proceder e importancia de nuestra colonia en América, especialmente la que radica en esta República.

—Sí sí, entendido, —repuso Lola dándole las gracias, dibujando en sus labios una sonrisa significativa de desprecio.

en

oyendo.

56

—Señor—objetó azoradísimo Ruelas, dirigiéndose a don Fernando:

—Pido a usted disculpa por lo que yo he dicho sin intención de ofensa para nadie; soy tan español como el primero y si no hubiera conocido en ustedes la misma nacionalidad de procedencia nativa acaso me abstendría de entablar conversación. Voy a bajarme en Orizaba para dirigirme a Puebla; algún día, es posible, que nos veamos, ojalá que en algo pudiera yo serles útil.

Se despidió Ruelas de nuestros amigos un tanto amoscado por no encontrar en ellos eco a su malidecencia. Así somos los españoles, nuestro defecto mayor consiste en despedazarnos mutuamente por la espalda. Cuando el tren partió de la estación donde bajó Ruelas, Lola, mirándole, dijo despectivamente: —¡Vaya uno a saber quién será este tío!

—Estuviste muy dura, hijemía, con él; a veces es necesario ser un poco más indulgente con las personas a quienes por primera vez se trata.

—Yo no puedo, mamacita. Cuando oigo hablar mal de España o de sus hijos que se alejan de ella honrándola en la ausencia, quisiera impedirlo y si todos fuéramos lo mismo, mereceríamos, de los extraños, otra opinión más favorable.

—Dices bien, Lolita, me gusta mucho tu actitud, —contestó su padre.

—Se asegura, —dijo ella, — que las mujeres tenemos la lengua larga; yo creo que algunos hombres se la pisan al caminar.

—Por fin llegamos a México, —dijo don Fernando, — viendo detenerse el tren.

—No, papá, todavía faltan algunas millas, —repuso Lola.

—¿Qué estación es esta, entonces? —preguntaba doña Amalia.

—La Villa de Guadalupe, señora, —le contestó amablemente el Auditor del tren.

—Entonces, aquí es donde está la famosa Virgen Patrona de los mexicanos, que se apareció al indio Juan Diego?

—preguntó Lola.

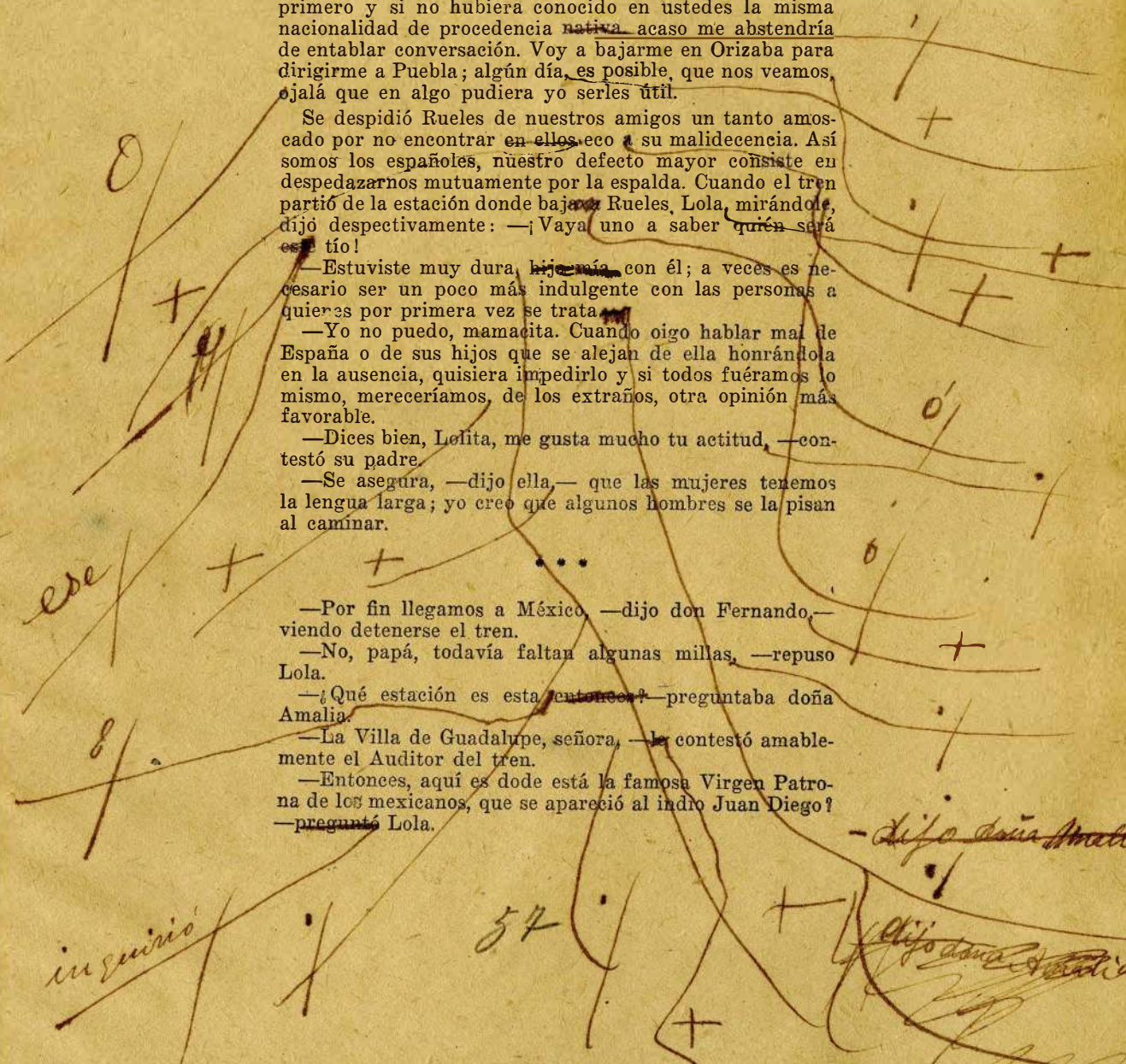
- dijo doña Amalia

- dijo don Fernando

57

ese

inquirió



—Sí, señorita—repuso el citado auditor,—y la otra estación es México.

Lola dirigió sus ojos hacia la Villa a donde todos los años llegan de lo más recóndito de la nación, millares y millares de peregrinos que adoran a la Virgencita India.

En su corazón cristiano, el fervor se hizo plegaria, saludando con cariño a la imagen ya dicha y encomendándose a ella pensaba:

—Algún día hemos de venir para traerte flores, ¡Oh Santa Guadalupana! Porque en tu país estamos y debo quererte tanto como he querido y quiero a la Virgen del Carmen que dejamos en Sevilla.

—Pronto, pronto, arréglense,—dijo don Fernando,—ahora sí que hemos llegado a la capital de Nueva España.

—¿Dónde estará Quintín que no le hemos visto durante todo el camino?—preguntaba doña Amalia.

—Aquí estoy, señora, aquí estoy. ¡Cómo han venido ustedes? ¿se encuentran bien? Yo estoy cansadísimo,—dijo bajando los bultos de mano que llevaba la familia de Cifuentes entregándoselos a un cargador de la estación, donde había multitud de agentes que acudieron, solícitos, y empeñosos para ofrecer alojamiento a nuestros amigos, los que fueron conducidos al hotel St. Francis, uno de los mejores que cuenta la capital de la República.

Cuando llegaron al mismo, las señoras, que estaban rendidas por la fatiga del viaje, mientras que don Fernando fue a ver las habitaciones que debían ocupar, sentáronse un momento en el hermoso vestíbulo del ya citado hotel amueblado con elegancia.

—Suban—las dijo, asomándose al barandal.

Así lo hicieron ellas, tomando el elevador.

—Qué habitaciones más hermosas! —advirtió Lola al entrar en el departamento que les destinaron.

—Son las mejores,—repuso el empleado que les acompañaba preguntando:

—¿Ustedes quieren cenar?

—Desde luego,—contestó don Fernando.

—Hasta mañana es imposible sacar el equipaje,—observó Quintín al regresar de la estación.—Ahora la aduana está cerrada.

—¿Tú quieres comer algo? le preguntó doña Amalia al muchacho.— Abajo está el restaurant.

hoteles

—Anda, ve con este señor—díjole su marido, refiriéndose al empleado.

—Con permiso de ustedes, —replicó Quinito alejándose.

—Pobrecillo—expresó Lola,—qué dócil y bueno es. ¡Ojalá que en este país tenga suerte y que se acaben para nosotros tanta lucha como hemos sostenido en España.

Dejando instalados ya a nuestros amigos cómodamente, acompáñenos el lector en nuestro viaje espiritual que emprenderemos hacia Sevilla donde quedaron otros personajes que nos son muy conocidos.

El marqués de Silva, don Salustiano y su hijo Raúl, se ocupaban en liquidar los intereses del conde de Cifuentes, título que ocultó desde que se vió obligado a salir fugitivo de Sevilla.

Sus correligionarios, estimaban cobardía el abandono que hizo de sus ideales. Cuando los diarios anunciaron la venta del magnífico palacio que él habitara, abriéndolo al público para exponer ante los interesados en su compra la colección admirable de joyas artísticas que encerraba. Durante ocho días un mundo de gente fue a visitarlo, comentando a su sabor el lujo de aquella morada. Los autores más famosos, inmortalizados por la gloria, españoles y extranjeros, figuraban sus nombres en aquellas obras, las que constituían un museo valioso de bellas artes.

Francisco, a quien no habrá olvidado el lector, reflejaba honda pena recorriendo aquella mansión señorial de los que había sido el encanto de todos, su alma de criado fiel, guardaba gratitud hacia aquellos que viéronse precisados a dejar la tierra que tanto amaban. Con uno de los criados antiguos del marqués de Silva, que se llamaba Gaspar, quedaron como guardianes del palacio que pronto, tal vez tendría nuevo dueño.

—Ya ves, —dijo Francisco a su compañero,— ¡aun todavía no se ha vendido ni un cuadro!

—¿Cuánto tiempo hace que se fueron los señores?

—Cuatro meses, mira tú, no quiero ni pensarlo, —repuso el ex-mayordomo de los condes de Cifuentes, añadiendo:

tan regia

las

—Tengo una murria.....

—Hay cosas en la vida, —objetó Gaspar,—que uno, aunque se rompa la cabeza cavilando, no las comprende. Si el que fue tu señor es verdaderamente republicano ¿por qué ha dejado su Partido cuando más confiaba en su acción revolucionaria?

—Gaspar, tú no estabas a su servicio como yo estuve durante treinta años; conocí hasta a su abuelo, por eso no sabes nada. Esta casa era un infierno y ¡cuidado! que los amos, buscándoles con un candil, no se encuentran otros mejores. Pero la política, —prosiguió Francisco— no da más que berrinches. Don Fernando, aunque él no lo sabe, está casi arruinadito, todo esto que tú ves, la casa de campo, tres o cuatro propiedades más le quedan del fortunón que le dejó su padre. La señora condesa ha sufrido horrores, ella desea tranquilidad al lado de su marido que adora y de sus hijss. Ella fue, quien le imbuyó la idea de marchar a cualquier parte, lejos de España, y como el señorito piensa que México es el país de América donde estarán mejor, allí se han ido. ¡Pobrecito mi amo! —dijo Francisco con pena. ¡Quién sabe si nunca más volverá a la tierra, a esta tierra donde ha nacido. Luego, viendo que Gaspar se disponía a salir, preguntó:

—¿Qué ¡te vas ya?

~~Mi amo me espera.~~

—¿Vendrás luego?—volvió a preguntarle Francisco.

—Según lo que el señor marqués me diga.

También yo voy a salir un ratillo para quitar de mi corazón, distrayéndome un poco, la pena que me consume. ¡Nunca podré olvidar a los condes de Cifuentes.

Pocos minutos después que Gaspar hubo salido cerrado la casa, Francisco se fue a la calle.

Caminando sin rumbo paseaba por la orilla del río Guadalquivir, fijándose con tristeza en las embarcaciones atracadas al muelle, recordando del emigrado y de su familia. La tarde le pareció tan triste como él estaba, aunque la primavera, vestida de flores, dábale aromas y belleza al paisaje con su eterna alegría. Los pajarillos revoloteaban ocultando sus amores entre las ramas de la arboleda. Como era domingo, una majestuosa quietud se advertía en torno, todo lo contrario que en el Paseo de las Delicias donde se aglomeraba la gente. Caballos de pinta

8

+

+

jo

—¿Qué pisa.

de una

67

moruna, bien enjaezados cuyos jinetes de apostura gallarda iban hablando algunos con hermosas damas y señoritas, en cuyos carruajes parecían reinas de la belleza. El parque de María Luisa era objeto de grata predilección y encanto de los paseantes. Francisco anduvo mucho por aquellos lugares, luego de retirarse del muelle notando en todos el vacío que se intensificaba en su alma. Prototipo del sevillano fiel, desempeñó su puesto ya dicho con verdadero cariño. No tenía familia y pensó que morirían sus ojos al morir aquellos por quienes sufría tanto, maldiciendo la causa que pudo separarles. Siempre cabizbajo, regresó al palacio que cuidaba pareciéndole lóbrego y desmantelado a pesar de rodearle una magnificencia que no le pertenecía.

• • •

—Gaspar, dame la ropa de caza, —dijo el marqués de Silva a su criado que ya conocemos.

—¿Quiere el señorito que yo le acompañe?

—Bueno, hombre, bueno; como te plazca.

—Entonces, cuando le ayude a vestirse diré a Bruno que enganche el coche de campo. ¿A dónde es la cacería?

—preguntó Gaspar a su amo.

—Qué cacería ni qué ocho cuartos!—replicó éste.—Vamos a Villa Amalia a la finca del conde de Cifuentes, pero ya sabes que me gusta vestirme de cazador; es posible que después de encontrarme allí y terminado algún trabajillo que tengo, al que me ayudará don Salustiano, vaya con su hijo Baul al coto para darle un susto a las liebres.

—Bravo, señorito, ya es hora de que respire usted aire libre porque desde que marchó su amigo ¡vaya! que lleva usted una vida que ni un fraile! Ese encierro me hacía a mí temer por su salud, créalo, señor marqués.

—¿Qué quieres! No puedo conformarme con su ausencia, Gaspar. Tú sabes que mi madre y la de Fernando fueron como hermanas.

—Sí que es verdad, —replicó el aludido, añadiendo:

—Cuántas veces la señora maquesa, que esté en gloria, me mandó que llevara al señorito a casa de la condesa de Cifuentes donde usted se quedaba por varios días. Como era muy travieso, recuerdo que iba escondiéndose

61

en los zaguanes, pegándole a los perros de la calle, sin miedo a los coches, en fin, haciendo miles de travesuras, y como un día se tiró usted del automóvil caminando y se machucó la cabeza, su buena madre no quería dejarle salir ~~que...~~

dir que...

—Anduviera yo arrastrado, ¿eh?

—¡Qué cosas dice el señorito!

—Anda, buen Gaspar, ya estoy listo, avisa a Bruno y vamos pronto que se hace tarde. Son las nueve de la mañana.

A poco volvió el criado diciendo:

—Cuando usted mande nos iremos.

—Subió el marqués de Silva al hermoso coche de campo que le esperaba en la puerta de su residencia, tomando Gaspar asiento en el pescante con el cochero. En pocas horas llegaron a la finca mencionada anteriormente que distaba algunas leguas de la ciudad. Era esta una hermosa quinta de recreo, con árboles frutales, huerta, jardín, invernadero y parque zoológico a la vez, donde se podían admirar toda clase de animales. Los perros, con sus ladridos, avisaron de que alguien se acercaba. Cuando uno de los jardineros se dió cuenta de la llegada del marqués, después de abrir la verja dando paso al coche donde iba, llevó recado a don Salustiano y Raúl que salieron a recibirle.

—Desengancha y conduce al pesebre los caballos,—dijo el primero.

Seguido por las personas citadas y Gaspar, penetró el marqués de Silva en la casa habitación de Villa Amalia.

—¡Qué hermosa finca! —exclamó el recién llegado— entregando a su servidor la escopeta con el zurrón de caza.

—Ya tiene comprador, —replicó el hijo de don Salustiano, mozo arrogante y de maneras distinguidas.

—¿De veras? Mucho me alegro contestóle el marqués.

—Y tan de veras, —dijo Raul disponiéndose a tomar un refrigerio con su padre, en compañía del visitante aristócrata.

Gaspar, aquel buen viejo cuyos sesenta años no le pesaban, se retiró a la cocina no sin antes pedir permiso. Era alto, fornido, coloradote, de carácter alegre y bonachón.

69

ISABEL G. DE LA SOLANA.

bres y conejos se guarecieron en sus madrigueras de donde los perros los hacían salir, corriendo desorientadas aquellas pobres víctimas, temerosas de sus perseguidores. El marqués, excelente cazador, cobró varias de las referidas piezas, mientras que Raúl no logró cazar ni una.

Al atardecer, los cazadores con la jauría, siempre guiada por Bastián, regresaron a Villa Amalia, notándose en el semblante de Raúl una desusada tristeza.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—le preguntó cariñosamente don Salustiano.

—¡Que sé yo! Siempre que me dirijo al monte—repuso éste,—una melancolía extraña me agobia, acaso tal vez remordimientos, porque los hombres somos demasiado crueles! Perseguimos a los animalillos indefensos para saciar con ellos nuestro instinto sanguinario. ¡Pobres seres!, que si son inferiores en su especie, tienen derecho a la vida que tanto me pesa.

—¡Eres humanista!—dijole el marqués, sonriéndose con escepticismo.

—Soy humanitario—contestó Raúl,—porque nada importa que se me juzgue como libertino... loco... ¡qué más da! Pero lo que me desespera es contemplar la alegría salvaje que se apodera del cazador cuando coge en sus manos una avecilla ensangrentada después de cortar su vuelo, y tal vez lleva en el pico alimento para sus hijos.

—Sí es bueno, sí es bueno!—objetó don Salustiano emocionado mirando al joven que así hablaba.

—Es sentimentalista—arguyó el marqués,—Como está enamorado, se ha vuelto romántico también.

• • •

—Después de cenar—dijo Raúl, mirando a su padre,—veremos los documentos todos del conde, ¿no le parece a usted?

—Algo hemos visto ya—contestó el marqués de Silva—sin terminar ese trabajo porque la mañana convidaba más a salir al campo que a encerrarse en el despacho.

En efecto, después de una breve sobremesa, don Salustiano, con el marqués, se pusieron a revisar los libros del "Debe" y "Haber", títulos de propiedades y otros pa-

66 01

ISABEL G. DE LA SOLANA.

ma este dinerillo que para algo ha de servirte—díjola el marqués entregándola un billete de a veinticinco pèsetas.

—Muchas gracias, señorito—repuso la nodriza de Lola, cuando se alejaba éste con su criado Gaspar.

—¡ Es un santo!—exclamó Alicia;—no puede ver lástimas sin dolerse de ellas.

—¡ Ya lo creo! Todos los que dan dinero—objetó Raúl, con ironía,—son santos y venerables.

• • •

Bastián sentía por Sevilla un cariño intenso. Ignoraba cuántas provincias tiene España, porque para él no existía otra que su tierra, la más bonita y alegre que alumbra el sol. De modo que consideraba inexplicable el alejamiento del conde de Cifuentes.

—¡ Cómo—decía para sí—pueden vivir los sevillanos sin contemplar día por día la Giralda, sin ver este cielo que no habrá otro igual en el mundo! Yo me moriría de pena.

Así hablaba aquel palurdo, ignorando la historia maravillosa de la nación española y los anales de Sevilla, cuya fama universal, la recamó de grandeza.

¡ La Patria! ¿ Qué significa para el hombre? ¡ Arrullo, beso maternal que purifica, sacrificio en holocausto de su honra, altar donde viven sin marchitarse las flores del pensamiento, tumba de nuestros mártires inmortales, poesía sublime, astro que ilumina la agonía de los seres cuando todo lo dejan y cuando todo lo olvidan ante su bandera no temen morir por ella.

• • •

Mientras buscaba Bastián en su magín razones que le convencieran de la ausencia del que fué su amo, camino a la ciudad, iba el marqués de Silva, llevando un gran legajo que contenía todos los documentos del conde de Cifuentes, a cuyo palacio fué, llamando a la puerta.

Francisco, asomándose por uno de los balcones, preguntó: ¿ Quién va?

—Gente de paz, hombre—contes el marqués.

58

71

ISABEL G. DE LA SOLANA.

—Ahora bajo, un momento, señorito—dijo el anciano ex-mayordomo del ausente.

—Buenas noches, ¿qué tal estás?—le preguntó el marqués.

—Muy triste, muy triste—contestó Francisco.—Esta casa deshabitada me parece un cementerio.

Una vez en el despacho de su amigo, el marqués de Silva preguntó a criado:

—¿Qué noticias tenemos?

—Hoy—repuso el interpelado,—vino un señor que dijo interesarse por la casa, queriendo adquirirla amueblada toda según está.

Fuertes aldabonazos dados en la puerta de la calle se oyeron, al mismo tiempo que la bocina de un auto interrumpió la conversación comenzada por nuestros personajes.

—¿Oye, quién será? Anda, asómate—díjole el marqués a Francisco.

Así lo hizo éste y cerrando el balcón nuevamente, contestó:

—El caballero de quien le hablé a usted ahora, señorito.

—Bueno, ve a abrirle, corre, hazle pasar.

Con un pesado manajo de llaves en la mano, fué a cumplir Francisco la orden recibida e iluminando toda la casa, para que entrara en ella el futuro comprador, quien dijo:

—He sabido que el señor marqués de Silva se encuentra aquí y deseo hablarle.

—Sí, sí, pase usted, es verdad; arriba en el despacho será recibido.

Era el nuevo personaje, que jugará en nuestra obra un importante papel, como de treinta años, elegantemente vestido y de simpática presencia.

—Señor marqués—dijo Francisco,—este caballero es el interesado en comprar la casa;—y se retiró a la habitación contigua, esperando órdenes.

—Celebro mucho conocerle, tome usted asiento—le indicó el citado marqués al visitante después de estrechar su mano.

—Voy a presentarme solo, señor—replicó el aludido.—Soy español, apenas hace quince días que he regresado a

ISABEL G. DE LA SOLANA.

—Vamos, me desagrada ver tu injusticia; hablas de una persona que no has conocido todavía, la que posiblemente trabajando, sin dedicarse al juego como tú, conquistó el dinero que otros malgastan—replicó don Salustiano amargamente.

• • •

Las once de la mañana apuntaban las manecillas del reloj, cuando el auto del indiano, como le había denominado Raúl, acompañado éste de su notario, llegó donde le esperaba el marqués de Silva, abriéndole Francisco la puerta.

—Arriba están los señores—dijo aquel criado muy afa-blemente, conduciéndolos al despacho en el cual se encontraban el marqués con dn Salustiano.

—¿De modo que ya viene usted dispuesto a tomar posesión de esta casa?—preguntó el apoderado general del conde.

—Sí señor, presento a usted mi notario. ¿Pueden verse las escrituras?

—¡No faltaba más, ahora mismo!—repúsole el marqués de Silva.

—Yo entregaré—dijo el comprador —la mitad como seña y la otra mitad cuando estén arreglados los documentos que me reconozcan como su propietario.

—Está bien, está bien—repuso don Salustiano, consultando con la mirada al marqués de Silva.

Llenadas las formalidades del caso, don Gabriel Perezuela, nombre del acaudalado comprador, se retiró dejando tras sí la curiosidad inspirada a nuestros conocidos.

—Ha hecho usted una adquisición maravillosa—díjole a don Gabriel su notario, tomando el automóvil.—Ahora bien, pregunto yo, ¿para qué quiere usted una residencia tan grande no teniendo familia?

—Para fundar en ella el “Museo América”, porque es necesario—agregó,—que España tenga centros en los cuales se dé a conocer la grandeza y producción tanto material como intelectual de aquel Continente de nuestra raza.

71

ISABEL G. DE LA SOLANA,

—¡Hermosa idea!—exclamó el acompañante de don Gabriel, cuya máquina cortaba la distancia velozmente hasta llegar a su lujoso alojamiento.

—Idea, que si no se buscara la cooperación colectiva—repuso aquél, sería irrealizable, comenzando una persona con posibles, para demostrar sus ventajas porque nadie considera útil la aproximación hispano-americana revelada por medio del intercambio cultural. Todo se reduce a la propaganda no tan intensificada y práctica todavía de intereses materiales, que no podemos verificar abiertamente por el alza de los aranceles y competencia que nos hacen otros países, ofreciendo mayores ventajas que nosotros.

—Son pocos—objetó el notario, arrellenándose en una poltrona del saloncillo a la vez despacho de don Gabriel, cuando llegaron a su alojamiento —los que trabajan bien compenetrados de ese ideal que a primera vista tiene mucho de lirismo.

—No lo niego, señor Gilbert—contestó el aludido—pero sí es muy posible y también se obtuvo en parte; la espiritual que persigue esa entidad fundada en Madrid por un asturiano patriota, don Jesús Pando y Valle.

—¿La Unión Ibero-Americana, verdad?—preguntó el otro.

—Desde luego—repuso don Gabriel.—Ella fué la que organizó uno de los primeros Congresos, verificado en la Corte, hace de esto varios años. Su vida no es muy próspera porque nuestro Gobierno no le ha prestado su concurso en forma que debiera hacerlo y como no se vale de medios inconfesables, según otras instituciones que se fundaron en Madrid bajo ese pretexto, parece una gran matrona en su torre de marfil, enarbolando siempre el pabellón de la dignidad. Hasta hoy, como usted muy bien dice, tienen algo de lirismo esos ensueños que yo he sentido y siento; pero cuando los hombres, como los pueblos, cuyo trato y relaciones amistosas las acentúa el interés únicamente, esa amistad la estimo débil en su base, transitoria a la vez, porque toda verdad se asienta, tratándose de afectos, en el corazón y no en el cerebro, germinando cálculos mercantilistas.

* * *

ISABEL G. DE LA SOLANA.

Permítanos el lector, puesto que le hemos presenta- a don Gabriel Perezuela, reseñar la vida del citado ame- ricanista. Nació éste en Santiago de Compostela, ciudad inmortal del Apóstol, excelso patrón de las Españas, cuya laboriosidad y nobleza de sentimientos podremos juzgar más adelante.

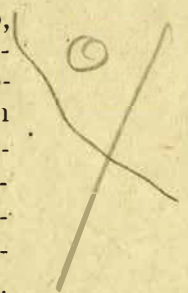
Su carácter era sencillo, revelando esa natural melan- colía que adquieren los galaicos cuando viven mucho tiem- po lejos de la tierraña, cuyos campos parecen jardines de esmeralda. Buscando en Madrid amplios horizontes para sus aspiraciones, después de haber estado en Vigo y Co- ruña, capital de la bella Galicia, cuna de tantos héroes y sabios también, se dedicó a estudiar con gran empeño la carrera comercial.

Respetuoso con sus padres a quienes amaba tiernamen- te, Gabrielito, según así le decían en su casa y sus com- pañeros de estudio, todos los años en vacaciones volvía dichoso al lado de su familia, gozando de la tranquilidad que ofrece aquella docta y majestuosa ciudad compostela- na.

Muy temprano salía con sus hermanitas a pasear por la Herradura, magnífico lugar desde el cual se divisa como de rodillas ante la gloria que corona aquel pedazo de tierra española, toda ella entera, pétrea, solemne, con su Catedral maravillosa, cuya cripta guarda las cenizas del santo vencedor de los moros, en una urna de plata.

Los meses de descanso aprovechábalos en perfeccionar su espíritu, ejerciendo obras de caridad, sintiendo con ello un verdadero placer. Aunque su madre que lo ado- raba hubiera querido verlo hecho un renombrado literato, artista, Gabrielito observador siempre, comprendía el fra- caso de esas profesiones, viendo también que muchos jó- venes universitarios, después de obtener sus diplomas sin poder establecerse ni triunfar en la carrera elegida, de- bían olvidarse de cuanto estudiaron para aceptar un em- pleo mediocre, remunerado miserablemente. Por eso en- contraba él en el comercio mayores probabilidades de me- dro, pensando dedicarse a su profesión, con todo empeño.

Para él la vida bohemia, que hacen muchos intelectua- les noctívagos, concurrentes a los cafés en toda España, escribiendo saturados por el ambiente asfixiante que en



73

ISABEL G. DE LA SOLANA.

ellos se respira, ésto carecía de atractivo para el juicioso Gabrielito o don Gabriel, como le llamaremos nosotros.

No dejaba de comprender que si el talento en algunos de esos soñadores de hirsuta melena, sombrero de anchas alas y chalina al desgaire, cuyo traje denuncia una absoluta falta de recursos, como toda la indumentaria, por carencia de protección debido a que no llega quien quiere sino quien puede y por eso, se malegran muchas actividades nobles que bien dirigidas serían plausibles. Pero el materialismo se impone; arrolla los sueños cromáticos de la belleza en el arte, mostrando la realidad brusca y sangrienta a cuantos después de batallar inútilmente, tarde declaran que perdieron el tiempo haciendo castillos en el aire, ¿no es cierto? Por eso, el proletariado de la pluma, la paleta, o el cincel, esa clase media, en fin, socialmente desorganizada que tiene las mismas necesidades de la burguesía y de la aristocracia, es víctima eterna de los malos Gobiernos en todas partes, salvo excepciones, porque el proletariado del músculo debido a la unión, ha logrado por medio de asociaciones llamadas de resistencia, imponer unas veces su voluntad por la razón de la fuerza; otras veces sus derechos por la fuerza de la razón y siempre por la considerable del número. Ante ellas, los rebeldes de la fraternidad, suelen exclamar:

—¡ Vosotros triunfáis por vuestro coraje, por vuestra amenaza, en defensa de mutuos intereses! ¡ Nosotros, no podemos!... El café es nuestro centro a falta de otro que acoja para enaltecer a los vencidos que seríamos capaces de verificar grandes obras, si los empinados que se dicen altos, no se opusieran a ello por egoísmo. Bebemos para olvidar, viendo sobre el mármol de la mesa como si fuera una blanca lápida bajo de la cual debería desaparecer tanta mentira. El papel es como vaso sagrado donde volcamos la inspiración, que nos emborracha aún más que las libaciones, por el imperativo sensual de nuestro espíritu y parécenos un sudario de muerte! Vaso sagrado es nuestro cerebro—dicen los proletarios de la sapiencia depreciada,—en el mismo—repiten—brillan flores de amor y de virtud, de pasiones eróticas y sentimiento sublime de una vida que fenese entre la carcajada arlequinesca de la farsa mundana.

esta
ie

74
las cuartillas

Y don Gabriel, que había podido observar desde niño todo ese hormigueo de decepciones, pensaba cuánta vocación se necesita para soportar los sinsabores múltiples que se paladean por la conquista de la gloria. El sabía que los genios más preclaros fueron elegidos de la crueldad; entonces pensó en hacerse rico. Ese debe ser el ideal razonable del hombre—decía,—sin salir del noble camino. Como buen hijo, deseaba recompensar a sus padres los sacrificios que se impusieron para educarle, de modo que supiera bastarse a sí mismo dentro del ambiente mercantil que comenzó a rodearlo, sin excluir por ello todo cuanto fuera una manifestación de la ciencia o del arte.

Conocidas las prendas morales del comprador del palacio que fué antes propiedad de los condes de Cifuentes, sigámosle, porque hemos de saber también los detalles más interesantes de su existencia. Celebrando la fecha de aquella adquisición, don Gabriel Perezuela invitó a su notario, como también al marqués de Silva, don Salustiano y a su hijo Raúl a una comida íntima.

—¿De dónde viene usted ahora?—le preguntó con interés el último, mirándole fijamente.

—De Nueva York, la ciudad de los rasca-cielos. Para nuestro temperamento aquella vida mecánica resulta monótona, porque hay además incomprendibilidad racial marcadísima. Ellos todo lo sujetan al poder irresistible del dollar, considerando a cada uno no por lo que vale sino por la suma de dinero que tiene. Son activos, no viven del pasado como nosotros, por eso nos aventajan.

—Allí consiguió usted ser mimado por la suerte, ¿verdad?—preguntó el marqués de Silva.

—¡Ay! Cuando no tenía dinero lo ambicionaba mucho. Hoy no me ofrece la felicidad soñada. Mis padres han muerto ya. Ante la pérdida sufrida todo se nubla a mis ojos, porque este nuevo pesar acibaró mi alma. ¡El dinero, el dinero!... algunos momentos deseara ser pobre si a cambio de la fortuna se consiguiera tranquilidad.

—Esa no todo el mundo puede conseguirla. Ahora, ser pobre, nada más fácil—le contestó don Salustiano, agregando:—reparta usted sus millones entre los necesitados y entonces verá complacidos sus anhelos.

75

77

ISABEL G. DE LA SOLANA.

—Me parece usted un apóstol socialista—replicó Gilbert.

—¡Dios me libre!—repuso el aludido, añadiendo:—contesto a don Gabriel, porque según dice, le hastía el dinero.

—¡Todo cansa! Nada hay que pueda saciar nuestra ambición; somos en la vida unos hambrientos de algo más que el pan material nutritivo para el estómago. Nos lastima el dolor, deseamos vencerle, pero a las veces en la soledad se advierte como necesaria su compañía para ser bueno. Somos pobres y soñamos apaleaer oro, creyendo en nuestra necesidad, que el oro todo ha de conseguirlo. ¡Qué error tan grande!

—Parece que ha sufrido usted mucho, ¿no es cierto?—le preguntó Raúl. Luego dijo, como queriendo indagar la historia de este personaje:—Entre todos sus padecimientos, seguramente, no contará el haber estado preso, ni en la miseria, esa miseria terrible de la pobreza vergonzante.

—Esto no; pero le puedo decir que soporté unas horas como si hubiera estado en la peor de las cárceles.

—¿De veras?—le preguntaron sus comensales.

—¡Y tanto! El marqués de Mijares tuvo el mal gusto de encerrarme en un calabozo horrible. ¡Todo por ella!...—exclamó tristemente.

—¡Acabáramos!—exclamó Raúl viendo en puertas una aventura amorosa e interesándose por su relato, preguntó:

—¿Quién era, si no soy indiscreto?

—Mi amada. La propia hija de mi verdugo; una hermosa mujer, a quien he buscado por toda Sevilla, pero nadie sabe darme razón de su paradero.

—¿Habrás muerto?—contestó el marqués de Silva.

—¡Dios lo sabe!—repuso don Gabriel, y agregó:

—Advierto que los estoy molestando con el relato de mis penas.

—Qué disparate—objetó don Salustiano;—siga usted, se lo suplico.

—Eso es, siga, siga, que le escucharemos con atención—afirmó el marqués de Silva, encendiendo un aromático cigarro habano tomado de la caja que a todos ofrecía el criado de comedor.

Quando terminaron de almorzar el dueño de casa y sus invitados, fueron al saloncillo, donde por primera vez pre-

76

por por

sentamos a la condesa de Cifuentes. El flamante propietario de aquella residencia palaciega, dijo, prosiguiendo su narración:

—Hace años prestaba yo en casa del marqués de Mijares mis servicios como contador, teniendo la desgracia de enamorarme de su hija única. Yo era estimado por mi honradez y laboriosidad, teniendo a mi cargo más tarde uno de sus cortijos en el que trabajaban como cincuenta hombres bajo mi dirección. Una tarde de verano magnífica, conocí a su hija que era un ángel; estaba allí, en dicha finca, viendo cosechar aceitunas y tenía en su mano un rojo mazo de amapolas que se le cayó al suelo y apresurándome a recogerlo, díjele:

—Señorita, se sienten abochornadas por ser rivales de sus mejillas.

—Muchas gracias—me contestó ella—es usted sumamente amable, Gabrielito.

Rosalía, que éste era su nombre, me miró sin que yo pudiera explicarme lo que entonces me hizo sentir aquella mirada. Todas las tardes, por un impulso extraño, iba yo donde nos encontramos, donde nos vimos, acaso para nuestra desgracia. Cuando creí llegada la oportunidad, le declaré mi amor, al que correspondió, temerosa de que sus padres no dieran nunca el consentimiento para nuestro matrimonio. ¡Cuánta razón tenía!

La marquesa, señora sumamente enferma, murió al poco tiempo de habernos conocido, quedando mi amada sola con su padre y la servidumbre. El marqués tenía un carácter díscolo, pero... advierto nuevamente que les estoy molestando demasiado.

—Al contrario—repuso el marqués de Silva—nos encanta; lo malo es—añadió—que el tiempo vuela y tenemos algunas cosillas que hacer, por eso aplazaremos para otro día la prosecución de su relato.

—Yo me quedo—contestó Raúl, despidiéndose de su padre y acompañantes, ansioso de que Perezuela le contara toda su vida, sin que se le escapase una sola palabra.

—Entonces—dijo el notario,—nos veremos otro día, porque en mi despacho me esperan. Yo también me retiro.

Salieron a la calle los tres personajes citados, haciendo elogios de la amabilidad de don Gabriel, quien dijo a Raúl,

47

ISABEL G. DE LA SOLANA.

después de dar órdenes a Francisco, muy conocido nuestro, que seguía a su servicio.

—Vamos a salir, dispón que enganchen el coupé, estoy cansado de andar en automóvil, ¡es tan peligroso también!

El mencionado y actual mayordomo del nuevo propietario ya dicho, pensaba:

—Conde de Cifuentes, ¿quién será éste que te sustituye? ¡Algún señorito improvisado!

Y fué a cumplir las órdenes recibidas.

* * *

—Ya ve usted, Raúl—proseguía don Gabriel,—cómo es la vida, mientras damos un paseo, seguiré contándole mi odisea.

—Señor—dijo Francisco, presentándose nuevamente,—el carruaje está listo, cuando gusten pueden bajar los señores.

—Bueno, bueno, retírate—y dirigiéndose a Raúl le dijo:—¿Vamos, mi amigo?

—Andando—contestó aquél.

—¿Andando? No!

—Es un modismo sevillano, vale decir en marcha, aunque nos arrastren.

El mismo cochero del conde, como toda la servidumbre del ex-jefe republicano ausente, al que volveremos a encontrar muy pronto, quedó a las órdenes del nuevo propietario.

—A Eritaña—díjole don Gabriel.

Esta es una "Venta" magnífica, lugar de expansión al que concurren todas las clases sociales, ocupando sus menderos también la gente de trapío en son de juerga. Las tardecitas de sol en invierno llevan a Eritaña muchas niñas con los pequeñuelos, que se dan a jugar en los parques bordeantes de flores, corriendo o saltando a la comba, y los enamorados se cuentan sus impresiones bajo la sombra de la arboleda, en cuyas ramas forman nido las ave-cillas canoras.

Aquel día estaba delicioso: ni una nube empañaba el diáfano azul del cielo.

ISABEL G. DE LA SOLANA.

Bajó del coche Raúl dando a don Gabriel la mano, sentándose ambos en una artística glorieta.

—¿Qué va a ser?—preguntó el camarero.

—Tráete unas “cañitas”.

—Quedamos?...—dijo Raúl.

—Es cierto, que nadie sabe de Rosalía, pobrecilla; su padre la metió en un convento—dijo el primero apurando el sabroso vino andaluz.

—Será necesario buscarla en todos.

—Sí, Raúl, yo quiero saber de mi esposa.

—¿Su esposa?

—Ciertamente—repuso don Gabriel,—¡y de mi hija! Ella dió a luz cuando yo me encontraba en América—repitió con honda tristeza, añadiendo:—Rosalía no era mayor de edad, por el cual motivo su padre pretendió abolir el matrimonio.

—¿Cómo pudo verificarse éste?—preguntó Raúl.

—Con dinero todo se arregla, a veces—replicó el interpelado.—Mi familia me regaló una casita cuando fuí triunfante de mis estudios a Santiago de Compostela. Con el producto de su venta tuve lo necesario a fin de verificar mi enlace, viviendo secretamente con Rosalía, según pensamos, hasta que ella cumpliera su mayor edad. ¡Faltábale un año solamente!

Los dos amigos, que así ya se titulaban, animaron su conversación, repitiendo algunas “cañitas” de manzanilla, vino sabroso que si no fué fabricado en los alambiques del cielo, lo produce la tierra andaluza para alegría de pecadores.

—Cuánto me alegro—dijo Raúl—de haberme quedado acompañándole, porque su vida tiene mucho de novelesca.

—Nuestras entrevistas—prosiguió don Gabriel, agradándole ser escuchado con atención por el joven hijo de don Salustiano,—eran nocturnas, ¡sigilosas! Cuando mi amada Rosalía con su padre marchaba del cortijo, que está situado en la vecina población de Dos Hermanas, entonces era imposible comunicarnos; pero alegando aquella idolatrada mujer que su salud requería aire de campo, obtuvo del marqués su padre, permiso para volver a la finca acompañada únicamente por una aya.

Tres meses antes estuvimos viéndonos todas las noches. Una de ellas, ¡cómo la recordaré siempre!, mi esposa me

ISABEL G. DE LA SOLANA.

anunció que sentía agitarse en sus entrañas el fruto de nuestros amores. Confieso a usted mi emoción, pero al mismo tiempo que la alegría, inundó mi espíritu un miedo extraño: pensaba en su padre!

Contando el tiempo me convencí de que mi hija, porque ella tuvo una niña, nacería antes de que mi amada cumpliera la edad legal para declararse libre de la tutoría paterna.

Una noche, muy ajenos de la presencia del marqués de Mijares en el cortijo, paseábamos enamorados y venturosos por el jardín al claror de la luna. Cansada Rosalía se sentó al borde de una fuente bullidora, cuyas aguas servían de espejo al astro de la noche.

Profundo silencio nos rodeaba cuando un juramento terrible vino a interrumpir nuestro idilio.

—Rayos y truenos!—exclamó su padre, avalanzándose a ella y castigándola con ira.

—¡Perdón, perdón, padre mío!—dijo sollozante mi amada, cayendo de hinojos ante aquella fiera humana.

—No maltrate usted a mi esposa—grité yo en el colmo del coraje.

—¿Su esposa?—preguntaba el marqués, echando chispas por los ojos, diciéndome:—¡miserable, ladrón de honras, tú y ella tendrán su merecido! ¡Con que era verdad!, ¿Los anónimos, entonces, no me engañaron?

Furioso el padre de mi amada Rosalía, sin escucharla, teniéndome cogido por el cuello, me preguntó:

—¿Quién sin mi permiso os ha casado? Contesta, tunante.

Luego de zarandearme a su gusto, cogió también a su hija, diciendo:

—¡Maldita seas por toda tu existencia!

A los gritos del marqués, cuya voz estentórea repetía todo el cortijo, como eco de una furiosa tempestad, acudieron los criados y labriegos del mismo.

—¿Qué pasa, qué sucede?—preguntaron, corriendo hacia el lugar donde nosotros estábamos.

—¡Llevad a ese ladrón, a ese canalla! ¡Encerradlo en el sótano hasta que yo avise a la autoridad para meterlo en la cárcel!—ordenó el marqués, refiriéndose a mí, sin soltarme, hasta que uno de sus servidores me condujo donde él dijera.

—No soy ladrón —grité yo, forcejeando inútilmente, viendo con ansiedad que Rosalía estaba desmayada en el suelo, sin poder socorrerla. Dos criados la condujeron a sus habitaciones, mientras que amarrado y abofeteado por el marqués de Mijares, otros me llevaban a mí sintiendo la impotencia del prisionero a quien le impiden todo movimiento sus cadenas o grilletes.

—¡Qué horror! —contestó Raul.

—¡Oh, no lo sabe usted bien! —replicó don Gabriel, en cuyo rostro se advertía la pena de aquel recuerdo indeleble.

—Prosiga—agregó llenando la copa de su compañero el joven ya mencionado.

—Cuando amaneció, —dijo aquel— yo estaba medio tullido, porque la humedad del sótano a donde fue llevado, nido de ratas y sabandijas de toda especie, que pasaron sobre mi cuerpo aquella noche, era tanta que llegaba a mis huesos. Un frío de muerte corría por todo mi sér, pensando en mi amada con rabia y dolor inmenso. De pronto un hombre entró en aquel calabozo que a mí me parecía antecámara del infierno, diciendo:

—Pronto, señorito, márchese usted porque el amo me manda para que lo mate y como yo quiero mucho a la señorita Rosalía, deseando salvarle, me presto a ello. Esta fue su creencia cuando me encargó que después de verle muerto lo enterrara en este pozo, y me mostró uno que a corta distancia había. ¡Desgraciado de mí!—pensaba,—preguntándole:

—¿Quién eres? dime tu nombre. —No le importa, me contestó degollando a una gallina con cuya sangre llenó sus ropas y sus manos a fin de que, el infame padre de mi adorada Rosalía, le viera como ejecutor de su orden.

—Cuando me sentí libre en la calle, a galope tendido de un buen caballo que mi salvador tenía ya preparado, con la ropa destrozada, hambriento y enfermo, llegué a Sevilla escondiéndome un una posada de arriero. En seguida telegrafíe a mi madre, pero ¡ay! ¡qué respuesta tan triste recibí! Un voraz incendio había destruído nuestra casa, pereciendo toda mi familia entre las llamas! Entonces, huyendo de aquel verdugo, que así puedo titularlo, llevando mi alma hecha girones, pensé embarcarme rumbo a Nueva York, en uno de los buques de carga que estaban

81

os.

en el muelle de esta capital, cuyo capitán se condolió de mí. Pero ¡ay! cuando desembarqué en aquella metrópoli, sin conocer otro idioma que el nuestro, llevando únicamente el poco dinero con que me obsequiara el capitán citado, mi tormento fue indescriptible.

—¿Cómo se las arregló usted, —preguntó Raul.

—Entrando a trabajar en un restaurant chino, muy lujoso por cierto, ofreciéndome para todo cuanto fuera necesario.

—Hombre, qué cambio tan brusco —dijo Raul nuevamente.

—¡Figúrese usted! Una mañana, mi patrón, me riñó porque yo no sabía servir la mesa; azorado corrí a la cocina, tropezando con una silla y todos los platos sucios que llevaba cayeron al suelo, habiéndose mil añicos.

—Lo echaría en seguida ¿verdad?

—Ahí tiene usted el origen de mi fortuna.

—¡Qué me cuenta, don Gabriel!

—Un caballero mexicano—prosiguió el aludido—salió a mi defensa primero y luego me llevó a su casa.

Comprendiendo él mi condición social y educación, entonces tuvo la bondad de hacerme su secretario. Dicho mexicano era riquísimo, dueño de medio Tampico, donde se encuentran los yacimientos petrolíferos más importantes de su país nativo, cuyo nombre recuerdo con veneración: se llamaba don Alvaro de Hidalgo y Allende, descendiente de una noble familia española; yo fui para él como un hijo agradecido.

—Durante la enfermedad sufrida que lo llevó al sepulcro, no me separé de su lado, después de haber cumplido con mi deber fielmente durante dos años y como no tenía familia al morir, hizo a mi favor su testamento, nombrándome heredero universal de seis millones de dólares que yo he aumentado después, siguiendo las mismas prácticas empleados por él en los negocios a que se dedicaba.

—Si yo supiera que encontraba otro mexicanito como el que debe de estar en gloria, por el bien que ha ocasionado y que da a usted oportunidad de verificarlo a placer, mañana mismo me metía yo de mesero allí donde hay tanto “chin chun chan” aunque alguno me tirase toda la vajilla por la cabeza, —dijo Raul pidiendo más vino.

Quedó pensativo nuestro personaje unos minutos; pero luego exclamó:

—¡ América! ¡ Oh, América! Tierra hermosa donde se corren aventuras tantas que a unos hacen caer, como a otros, por ellas, se enaltecen también.

—La de usted —objetó Raul chocando su “cañita” de manzanilla con la de don Gabriel — es maravillosa.

—¿ Quién sabe? —respondió el aludido echando bocanadas de humo al aire — porque nadie ~~agregó~~ aunque sea muy rico, se dirá dichoso si siente como yo siento amarguras en el corazón.

—A olvidar, amigo mío; la vida es corta... es necesario gozar de ella cuanto mejor sea posible —contestó Raul, levantándose de su asiento.

—¿ Dónde iremos ahora? —inquirió don Gabriel.

—Yo —repuso el joven que le acompañaba — debo regresar a Villa Amalia, porque allí me espera mi padre seguramente con el marqués de Silva.

—Le llevaré mi coche —díjole aquel a quien por vez primera sin conocerle, despectivamente le llamara “indiano”.

en

Cuando las sombras de crepúsculo envolvían entre los pliegues misteriosos de su velo gris, a la nunca bien admirada por bella y galana ciudad del Betis, llegaron nuestros amigos a la finca, antes propiedad del conde de Cifuentes. Don Gabriel dejó en la puerta a Raul, regresando a su palacio muy triste. La imagen de Rosalía, no se borraba de su mente jamás, solo, se entregó al recuerdo de su amor desventurado, considerándose en medio de la opulencia que le rodeaba, el hombre más mísero de Sevilla.

* * *

—Hijo, por Dios —decíale a Raul su padre — estaba con cuidado, creí que no volverías esta noche.

—Hasta ahora me detuvo el “indiano” contándome su historia digna de figurar en un argumento cinematográfico; estuvimos en Eritaña, de allí me trajo hasta la puerta y no entró porque ya es muy tarde. Te juro, papá, que no hay mal que por bien no venga; este es un refrán muy cierto.

83

agregó

t

Raul contó a su padre cuanto ya sabemos, respecto de don Gabriel, preguntando luego:

—¿Cuándo toman posesión de Villa Amalia sus nuevos dueños?

—No sé —contestó don Salustiano.

—¿Quiénes son los compradores? —inquirió su hijo de nuevo.

—Un caballero muy rico que está próximo a casarse y regalará esta finca a su prometida como recuerdo del día de boda.

A la mañana siguiente de lo narrado se levantó Raul muy temprano, con el propósito de hablar a la nodriza de Lola que había sido Rita, como tendrá presente el lector. Pregutó por ella a Bastián, diciéndole éste que no se encontraba en la finca, pero sí en su casita de Triana.

—Allá voy, —contestó Raul.

—Como si estuviera aquí a la vuelta —díjole el criado.

Don Salustiano salió al encuentro de su hijo, extrañándole que madrugara tanto. Este al verle, lo saludó cariñosamente, preguntándole:

—Oye, papá, ¿estuvo hasta muy tarde contigo el marqués de Silva?

—No, hijo mío, no. Cuán bueno es, figúrate que nos ha ofrecido su casa para que vivamos en ella en tanto que nosotros buscamos alojamiento adecuado, porque de aquí, tenemos que marchar.

—Aceptaremos —contestó Raul jovialmente — a ver si se muere y me deja a mí su heredero como dejara a don Gabriel un mexicano muy generoso.

Dicho esto, montando en un caballo de raza árabe, salió a galope, no sin antes haber besado la mano de su padre y en poco tiempo atravesó la distancia que lo separaba del famoso barrio de Triana, el que inspiró tantos cantares de la gitanería y de la gracia, en el que está instalada una fábrica de cerámica: "La Cartuja", antiguo convento que hospedara a Cristóbal Colón.

De lejos divisó a la hija de Rita, Alicia, que estaba en la puerta de calle. Acercándose fue a saludarla atando la brida de su brillante cabalgadura en la ventana, diciendo

al mismo tiempo:

—Buenos días le dé Dios a la flor más bonita de este barrio famoso.

—Hola, señorito Raul, no sabía yo que era usted tan zalamero, —repuso ésta.

—Y tú muy guapa, —repitió estrechando la mano de la joven, quien le dijo irónicamente:

—No tanto como.....

—Eso no, —contestó él con vivacidad, — porque la Virgen de la Esperanza no es más bonita que Lola.

—Ay! si lo oyeran los macarenos (1).

(1) Son éstos los nacidos o que viven en el barrio de la Macarena de Sevilla; fanáticos por la citada imagen.

Queriendo Raul cambiar de conversación, inquirió a la muchacha:

—¿Dónde está tu madre? ¿qué hace ahora?

—Lavando porque no encontrándose los señores en Sevilla, desde que se marcharon, no tenemos la mesada que la condesa nos pasaba antes, de modo que hay necesidad de trabajar en cualquier cosa.

—¿Y tú la ayudas en algo?

—Me dedico a la costura que no da mucho, si encontráramos un acomodo donde yo pudiera estar con mi madre.... la pobre se mata lavando ropa ajena y no saca ni para jabón.

—No te gustaría entrar al servicio de ese ricacho don Gabriel Perezuela que ha comprado el palacio de los condes de Cifuentes?

—¡Toma! ya lo creo, —dijo Alicia añadiendo: —pero como no le conocemos....

—Eso no importa; yo recomendaré a ustedes, —objetó Raul.

—¡Ave María! señorito, distraída con la conversación, no le he dicho a usted que entrara y viéndonos aquí charlando dirán tal vez, ¿quién sabe lo que dirán?

—Que pelamos la pava

—No, —replicó Alicia, — porque eso debe hacerse en la ventana, ¡mira qué gracia!

—O en cualquier parte, chiquilla.

—Tiene usted razón, el amor para que viva cuando se revela lo mismo en la iglesia, que es donde se consagra, como en la calle, se considera rey del mundo, —expresó

2er 5

+ 85

la joven creyendo decir una verdad que nadie se atrevería a negarla.

* * *

—¿Qué haces, en la puerta a esta hora, niña, ¿con quién estás de palique? —preguntó Rita a su hija, contestándole ella:

—Con el señorito Raul, que ha venido a visitarnos.

—¿Y por qué no entra? —díjola su madre.

—Entraré para que me regalé usted, que para eso vengo, o me pida todo lo que usted quiera, el relicario, que guarda el retrato de la señorita Lola.

—Ay qué chusco es el señorito!

—¿Lo va usted a llevar a la Virgen de la Esperanza para ver de las dos cuál es más bonita? —preguntó Alicia con sorna al hijo de don Salustiano.

—Ha perdido usted el tiempo, —interrumpió la buena de Rita, — si únicamente para eso ha venido usted a Triana, señorito Raul, porque esta joya, — expresó, sujetando el mencionado relicario con las dos manos colocadas sobre el pecho, como si temiera que violentamente alguien se lo quitara del cuello. Además, — prosiguió, — no tenía usted necesidad de recurrir a mí porque en Villa Amalia hay otro del cual puede usted sacar una fotografía pequeña o hacer un medallón. Pero éste no puede ser.

—Mi padre ha mandado ese retrato del que usted me habla a casa del marqués de Silva, pero tiene usted razón, sacaré una copia pequeña, puesto que usted no quiere dejarme ese suyo hasta mañana.

—Perdóneme usted, señorito —le contestó tímidamente Rita, mirando con ternura el que pendía de su cuello, pero éste me acompañará hasta el último día de mi vida, como que me lo puso ella misma antes de marcharse y quién sabe si alguna vez volverá.

—Está bien, mujer, está bien, entonces quedaos con Dios, —replicó el joven despidiéndose.

—El lo guarde a usted, señorito Raul, —dijo a su vez Alicia y luego, mirando a su madre, repitió:

—¿No sabes? Me ha prometido que hablará al nuevo propietario del palacio que fue del padre de Lola para ver si podemos entrar tú y yo a su servicio.

no se la daré a nadie—

—Que la Virgen Santísima le devuelva en alegría y salud cuanto usted quiera hacer por nosotras, —contestó Rita a su hija.

—Muchas gracias, —respondió el aludido, soltando la brida de su caballo atada a la ventana, como hemos dicho, donde los claveles desbordaban de las macetas que cuidaba Alicia, arrancando uno dijo Raul:

—Como los pétalos de éste, así rojos son los labios de mi amada y montando en su brioso corcel, partió velozmente hacia Sevilla.

Rita estaba en lo cierto. No había ido el hijo de don Salustiano a verlas para contemplar únicamente el retrato de Lola, pues como recordará el lector de la conversación que tuvo con don Gabriel en la venta de Eritaña, de ella tomó el hilo para desentredar una maraña enorme. Cuando regresó a Villa Amalia, dijo a su padre:

—No es verdad que Alicia, cuando la recogió el portero de los condes de Cifuentes, abandonada en el zaguán de su palacio, entregándosela a Rita que amamantaba a Lola tenía entre los pañales un sobre cerrado que dice:

“Si alguien se hace cargo de esta niña, sírvase conservar los papeles que con ella se depositan en esta casa de almas nobles.”

—dole de oreja a Jorge, —vale decir, probando fortuna pícaro a su amigo, — que no te pesará.

—Sí, tú tienes razón—dijo a Raúl don Salustiano, añadiendo:—dicho sobre lo tiene Rita, a ella debes pedírselo, según para lo que sea.

—No para nada malo—replicó su hijo, —pienso darle una sorpresa a D. Gabriel.

—¿No te entiendo?—le contestó su padre.

—Me explicaré: era yo un chiquillo todavía cuando escuché una conversación sostenida por la señora Condesa de Cifuentes con Rita, a quien le decía: “Habrá muerto la hija del marqués de Mijares? ¿Quién colocaría a esta niña en nuestro zaguán?—repitió acariciando a Alicia”. “Alguna persona—contestó la nodriza de Lola,—que conoce muy mucho los sentimientos de la señora Condesa.”

—“¿Usted guarda el sobre que yo le entregué?”

don

87

ISABEL G. DE LA SOLANA.

—“Sí señora, y todo el mundo creerá que esta niña es hija mía.”

—Yo—prosiguió diciendo Raúl,—estaba jugando con unos niños que iban que fueron a saludar a la condesa, protegidos por ella; entonces, claro, como tenía yo siete años no hice caso ni pude dar importancia a la conversación; pero hoy, Dios me asista, oyendo el relato de las aventuras sufridas por ese “indiano” que me es muy simpático, tengo la seguridad de que Alicia es hija de la marquesita de Mijares, por tanto, también de D. Gabriel.

—Puede que tengas razón—contestole su padre.

—Ya lo creo y me propongo descubrir la verdad de este asunto que me ha intriguado.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya veremos, déjalo todo de mi cuenta, papá. Cuánto me regocija pensar en la alegría de Lola si esto llegara a comprobarse; también de los condes, porque son muy buenos.

Apenas le fué posible regresar a Sevilla se dirigió a hijo de D. Salustiano a casa de D. Gabriel para rogarle que tomara a su servicio dos mujeres a quien él recomendaba.

—Precisamente—dijo éste,—pensaba yo poner un aviso en el diario solicitando personas de confianza. Porque una casa en manos de hombres solos nunca está bien arreglada.

—Y menos cuando se tiene dinero, la casa es un palacio donde puede usted tener a su hija, muy bonita por cierto, que la llenará de alegría—repuso el joven intencionalmente.

—¡Por favor, Raúl! ¿Qué me dice usted? ¿Sabe algo de ella?

—No se impacienta, pero... yo creo que sí.

—¿Dónde... dónde está? Quiero verla.

—Tenga usted calma, por ahora guarde la esperanza al menos de que vive y que es muy bella, siendo posible que muy pronto la tenga usted a su lado; pero esto sin apresurarse.

Después de almorzar D. Gabriel y Raúl salieron para visitar los monumentos más notables que ornan y engrandecen a Sevilla, como el archivo de Indias donde se conservan los documentos todos desde la dominación españo-

de

don

Raúl

don

don

don

A

88

WZ

la en América, conquista de México, en fin, la historia de una época única en el mundo por las hazañas que sus páginas enciejan. Cuando entraron en el mencionado edificio, se dieron cuenta de la majestuosidad que allí se advierte. A la derecha, una gran escalera, da acceso al mencionado Archivo, cuyo salón dedicado para todos los que se ocupan en requisiciones históricas, tiene varios pupitres destinados a la lectura de los documentos que el estudio reclama. Más adelante, las estanterías guardan grandes infolios clasificados, según los países descubiertos por Colón y el conquistado por Hernán Cortés. En el salón contiguo a este departamento en el centro se advierte una vitrina con cartas geográficas y náuticas, ornando sus muros retratos de los exploradores del mar, que llevaron a cabo una empresa más bien propia de los dioses que de los hombres. En el salón siguiente donde la luz esparcía sus tibias claridades aquel día primaveral, fueron atendidos por el director y presidente, a la vez, del Centro oficial de estudios americanistas, quien les explicó cuanto la sana curiosidad de los visitantes había deseado conocer. Después de un momento de amena conversación se retiraron sumamente complacidos, descendiendo a la planta baja de aquel magnífico monumento legado de las edades a todas las generaciones futuras que cantan en la piedra y en el mármol la gloria de España Mater, entrando en la Cámara Oficial de Comercio instalada allí mismo en cuyo salón de sesiones, bajo dosel de terciopelo rojo se destaca el retrato de Carlos III. Las puertas, todas exceptuando las de hierro, son de madera americana; todo, en fin, cuanto rodeaba a nuestros personajes les era grato a su patriotismo. Cuando salieron de allí, atravesando la plaza del Triunfo, en cuyo centro la fe sevillana ha levantado a la Purísima un monumento blanco como la nieve de reluciente mármol, fueron hacia el famoso Alcázar, entrando por el Patio de Banderas. Pidiendo permiso al Comisario Regio, recorrieron todo aquel Palacio que habla muy alto del arte morisco, admirando el Patio de las Muñecas, el de los Leones, las salas inmensas en las cuales felizmente no ha entrado el modernismo, y se detuvieron ante una mancha de sangre que se advierte todavía reveladora de la hazaña que usara D. Pedro el Cruel con su hermano D. Fadrique, penetrando luego en los magnífi-

don 89 don

ISABEL G. DE LA SOLANA.

cos jardines llamados de María Padilla, llegando después hasta los umbrales solamente de una habitación a la que no se permite la entrada por el valer artístico que encierra.

Saliendo del Alcázar citado ya, atravesando la misma plaza del Triunfo, entraron en la Catedral, asombrándose de su magnificencia D. Gabriel, que si bien había estado en Sevilla en años anteriores, por más que se vea esa joya del arte cristiano, siempre causa una impresión novedosa. Ante la tumba de Cristóbal Colón, situada a la derecha de una de las naves cercana al coro, se detuvieron haciendo consideraciones sobre el triste fin que tuvo aquel genio, lumbrera de la humanidad. Después de admirar las valiosas joyas que la Catedral de Sevilla encierra, subieron a la Giralda, deleitando la vista con el panorama que desde aquella cima contemplaron, sin mirar abajo por temor al vértigo. ¡Tanta es su altura!

Una vez en la calle nuevamente, aplazaron su visita a la Casa de Pilatos, Casa de la Moneda, Museo de Murillo, Palacio de San Telmo, ruinas de Itálica, Ayuntamiento Municipal y, en fin, a todos aquellos monumentos que según hemos dicho dan a la capital de Andalucía renombre muy merecido, porque no era posible en una sola tarde recorrerlos todos.

Al otro día fueron al Museo Municipal, cuya sección Arqueológica es admirable, visitando el Archivo, que está en la parte alta, en primer término; en el segundo salón hay vestuarios antiquísimos, pendones de guerra y se guarda allí también la espada del santo Rey Fernando, la que anualmente es sacada en procesión. Con ella combatió a los moros arrojándolos de la tierra sevillana, habiendo estado varios días empeñado en esa lucha a la que le ayudó el Almirante Bonifaz, con quien compartió su triunfo. El cuerpo de este rey puede verse todavía momificado en una urna guardada como preciado tesoro en aquella Catedral.

Acrescentando su entusiasmo nuestros personajes se dolían de que no se hiciera una propaganda activa para fomentar el turismo, puesto que no sólo allí en todas las regiones españolas que D. Gabriel habría visitado pudo admirar las riquezas tanto naturales como artísticas que guarda aquella nación que tiene tantos enemigos, por ser

don

+

la

+

ci

90

don

grande en todo, hasta en sus errores. Descendiendo la tan gastada escalera de piedra, atravesando un pasadizo que da acceso al magnífico salón de Sesiones, cuyas paredes vieron tapizadas de terciopelo rojo, visitando todos los departamentos en los cuales pudieron admirar las pinturas maravillosas que existen en ellos.

Don

—Comprendo—dijo D. Gabriel a Raúl,—el interés que tienen los norteamericanos por querer adquirir con sus dólares cuanto tenemos nosotros y que ellos no producirán jamás.

Don

ante el tapete verde,— y yo te aseguro, —añadió aquel

—Psaremos la gran tarde con esas buenas mozas, tirán-

—¿Vivió usted mucho tiempo en Nueva York?—le preguntó su amigo.

—Todo el tiempo que estuve ausente de España, esto es: diecisiete años.

—¿Cómo se le ocurrió a usted regresar a Sevilla?

—Ya le he contado a usted mi historia.

—Sí, pero no me ha dicho nada de sus estudios.

—Es verdad. Terminada mi carrera—añadió D. Gabriel, —el director de la Academia donde la cursé en Madrid, conocía al marqués de Mijares, quien necesitaba para administrar uno de sus cortijos o hacienda, persona honorable, habiéndome recomendado para ello el citado director.

Don

—¡Ah, comprendo! Ese fué el origen de su sufrimiento por el amor de Rosalía y de su fortuna presente.

Hablando de cosas varias, volvieron de nuevo a casa.

Raúl estaba ansioso de que terminara su padre de arreglar los asuntos del conde de Cifuentes para salir rumbo a México, según tenía pensado, pero faltaba por cobrar todavía el dinero que produjo la venta de Villa Amalia y de las otras propiedades. Para todo esto se necesitaba tiempo, ¿cuánto? No lo sabía!

En el coche de su amigo, a quien no denominaba ya despectivamente "el indiano", se dirigió a casa del marqués de Silva, entregando su tarjeta al portero que lo anunció inmediatamente.

—¿Qué dices, bala perdida?—preguntó el marqués extendiéndole la mano.

—Vengo—dijo Raúl,—a saludar a usted y comunicarle que he descubierto el cabo de una madeja muy grande.

—¿A ver? Cuenta, cuenta de qué se trata.

—De la hija del marqués de Mijares y de su nieta.

—¿De verdad? Valiente escándalo que produjo la tal niña en Sevilla.

—¿Por qué? ¿Quiere usted decírmelo?—inquirió Raúl.

—Debido a su matrimonio falso.

—¿Cómo falso?

—¡Claro!—repuso el marqués.—Un pillo de siete suelas para sacar los cuartos al entonces dependiente del padre de Rosalía, con otros puntos filipinos también vestidos de sacerdotes, hicieron creer a los enamorados ser esposos ante Dios por la bendición de la Iglesia, y que cumplida la mayor edad de la joven entonces se presentarían al Registro Civil, como si esto tuviera pies ni cabeza.

—¿Y no sabe usted cómo se llamaba el citado dependiente?—preguntó Raúl.

—Pues no me acuerdo. Los diarios de entonces dijeron... ¿cómo dijeron?... no, no me acuerdo.

—Pero usted lo conoce.

—¿Yo?

—Sí marqués; ya lo creo—dijo Raúl,—es D. Gabriel Perezuela. ¿Qué, le causa a usted sorpresa? No es para menos.

—¡Hombre, hombre! ¿Cómo sabes tú eso?

—Por lo que él me contó y por lo que yo recuerdo haber oído decir en mi niñez.

—Verdaderamente será una noticia para él muy grata si llegara a encontrar a su amada con su hijita, porque Rosalía tuvo una niña.

—Sí, la que el portero de los condes de Cifuentes encontró una mañana muy fría abandonada en el zaguán.

—¿Y qué hicieron de ella?—preguntó el marqués de Silva.

—Como la condesa es tan buena, se la dió a criar a la nodriza de Lola que la ha tenido hasta hoy como si fuera su hija.

—Entonces es Alicia, ¿no es verdad, Raúl?

—Sí marqués; esa muchacha ignora su origen y será la propietaria, seguramente, del palacio que ha comprado don Gabriel.

—¡Qué cosas, Dios mío! ¡Qué cosas se descubren en el mundo! ¿Tú le has dicho algo ya?

don

—No todavía, lo estoy preparando, porque esas noticias no pueden darse de sopetón. En cuanto a Rita le he dicho que entrará a trabajar con la chica en casa de R. Gabriel, recomendándoselas, y según creo muy pronto irán a ellas a verle.

don

—¿Sabes tú que es todo esto una preciosa página de novela?

—¡Y qué es la vida! Sueño, según Calderón de la Barca, y según la realidad, comedia y novela histórica, pues que todos tenemos algo en nuestro corazón de romanticismo a veces, de crueldad otras, en fin, personajes que formamos a la gran caravana que pasa, siendo al mismo tiempo todos los nacidos, según su esfera, actores y espectadores en el gran escenario de la vida.

—Tienes mucha razón; yo creí que un calavera como tú no pensaría de ese modo ¿Te quedas esta noche en la ciudad?

—No, marqués; voy a Villa Amalia, porque me dijo mi padre que esta noche los compradores de la citada finca irán allí.

—Pero a mí me hablaron por teléfono, diciendo que mañana les haga el favor de acompañarles yo a las tres de modo que puedes quedarte tú aquí, ¿no te parece?

—Como usted quiera—respondió Raúl, agregando:—entonces, hasta luego, volveré un poquitillo tarde.

—¡Anda, anda, libertino! Que Dios te acompañe.

Contra lo que aseguró el joven aquella noche no volvió a dormir a casa del marqués de Silva, quedándose donde generalmente acostumbraba. Tan simpático como era en su estado normal, ebrio se mostraba odioso y relajado, dañando su salud y su alma en aquellos antros del vicio que frecuentaba. Mientras que Raúl, entregado a los placeres de continuadas orgías, pensando que de ese modo apaciguaba las ansias de su espíritu, que no se apartaba nunca de Lola, el marqués de Silva, en compañía del nuevo propietario de Villa Amalia, fué a dicha finca, encontrando a D. Salustiano sumamente afligido por la ausencia de su hijo, a quien siempre disculpaba, achacando a la poca edad su degeneración ya conocida.

Precisamente es cuando un padre está en el deber de mostrarse más enérgico y conducir al extraviado hijo por buena senda. Pero no todos saben comprender los males

que han de sobrevenir cuando se muestran complacientes en demasía, porque la complacencia debe existir aconsejada por la razón.

Un padre o una madre ha de ser el mejor amigo de sus hijos. Ni tiranía que haga temer ni abandono que demuestre debilidad de carácter o falta de tino.

Estos lamentables defectos que tenía D. Salustiano, dieron el resultado fatal del que tantas veces se había quejado.

Cuando el marqués de Silva, con el nuevo propietario de Villa Amalia y el padre de Raúl finalizaban el contrato de compraventa de la ya mencionada finca, entró el joven calavera en el despacho, saludando a los presentes.

Su rostro estaba demacrado.

Había en su mirada algo extraño; como si el alcohol dejara en sus ojos ese fuego que enloquece cuando se abusa demasiado de él, buscando en su mentida alegría un paréntesis al pesar que nunca se consigue.

—¡Vaya por Dios, hijo mío!—exclamó D. Salustiano, —¡Qué poco estimas la tranquilidad de tu padre! Ahora vienes, ¿verdad?

—No te enfades, soy un loco, perdóname—dijo Raúl a su padre, besándole la frente con cariño.

—No sentarás cabeza nunca—expreso con acento de reproche el marqués de Silva.

—A ratos—arguyó D. Salustiano—es un muchacho excelente; ya cambiara, ¿verdad que sí, hijo mío?

—Cuando me case con Lola, por eso deseo que terminéis pronto de arreglar los asuntos del conde de Cifuentes.

—Villa Amalia ya está vendida; aquí te presento sus y usted se han complacido en reprenderme, ¡muchas gracias a los nuevos propietarios—contestó el marqués de Silva.

—Y delante de este señor que no me conoce, mi padre cías!

Veinte días más tarde los asuntos del conde de Cifuentes a cargo del marqués de Silva y de D. Salustiano, estaban totalmente arreglados. Raúl no cabía en sí de gozo, pensando ir cuanto antes en pos de la amada.

—¡Gracias a Dios—exclamó—que ya se acerca el momento en que yo pueda considerarme feliz.

don

el anciano

+

+

don

ojo

+

+

+

+

—¿Pero si ella no te acepta?—preguntó D. Salustiano a su hijo.

—Papá, no diga usted eso, que no quiero pensarlo, porque si así fuera, creo que la mataría.

—¡Jesús!—dijo el marqués de Silva, que también estaba presente.—¿Te sientes asesino? Eso es lo único que te faltaba.—y reprendiéndole, añadió: —Esas cosas, ni se piensan ni se dicen.

—¿Tiene usted razón—contestó Raúl,—soy un loco!

—Bonita es tu disculpa! A los locos se les encierra, así es que mucho cuidado, porque yo velo, a fin de que estando lejos mi amigo el conde de Cifuentes, nadie se atreva a ir donde se encuentra para darle un mal momento.

—Pero si mi hijo es incapaz de matar a una hormiga, señor marqués—replicó D. Salustiano, agregando:—¿No ve usted que se duele de los pajarillos y de las liebres? Es un loco, sí; pero no un malvado.

—¡Pobre padre! ¡Cuánta amargura derrama este pícaro en su corazón!—dijo el marqués de Silva, disponiéndose a volver a Sevilla.

—¿No quiere usted que le acompañe?—le preguntó Raúl, humildemente.

—Si no te dan arrebatos de locura...

—Iremos los tres—objetó D. Salustiano.

—No es posible—replicó el marqués,—hay que hacer entrega de la finca a sus nuevos propietarios.

—Ciertamente, entonces me quedaré. Hijo mío, cuidado, haz lo que el señor marqués te mande—recomendó al joven.

A las doce de la mañana, se detuvo el coche de "Villa Amalia". Este con Raúl entró en su despacho, sacando de la caja de hierro el dinero que debía girar a su amigo ausente.

A la vista de tantos billetes de Banco, pensando que en ellos estaba la tranquilidad del padre de Lola, el hijo de D. Salustiano preguntó:

—Vamos al Banco ahora mismo?

—Estoy muy cansado, Raúl; además hace varios días que me hallo indispuerto.

ante el palacio del marqués de Silva.

don

b

95

+

ISABEL G. DE LA SOLANA.

—Si usted quiere que yo haga el depósito?...—preguntó el joven tímidamente.

—Eres loco... no te tengo confianza. ~~repuso el marqués de Silva~~

—Para mandar al padre de mi amada cuanto necesita verá usted como soy cuerdo.

—¿Y si te roban?

—¿Acaso iré pregonando que llevo esa suma? Confíe usted en mí como en mi padre—dijo Raúl, ~~agregando~~ porque nadie más interesado que yo en este asunto.

—Espérate, hablaré por teléfono a ~~M.~~ Salustiano.

Así lo hizo el citado marqués de Silva. ~~Luego, dijo al enamorado joven:~~

—Tu padre está conforme en que hagas el depósito en el Banco, fírmame un recibo de la cantidad que te entrego y vete en seguida. A ver, a ver si eres hombre que merezcas que se te devuelva el crédito ~~de cuerdo~~.

—¡Ya lo creo!—contes Raúl, firmando el recibo exigido.—Pero ya es la una, no es hora de que el Banco esté abierto.

—Entonces, irás después de almorzar—replicó el marqués de Silva, añadiendo:

—Yo no te acompaño porque me voy a meter en cama, me abruma un dolor de cabeza espantoso.

—Pierda usted cuidado y acuéstese tranquilo que yo me portaré como bueno.

—¿Amas mucho a Lola? —le preguntó el marqués.

—Con toda mi alma.

—Piensa entonces, —repitió el primero, —“en esta suma ~~estriba su tranquilidad~~.”

—Lo dicho, —insistió Raúl, — sabré corresponder a su confianza, pierda usted cuidado.

—Se retiró el marqués de Silva, entregando al mencionado joven una carpeta porta-documentos, conteniendo la grandiosa suma que debía girar a México por medio del Banco Hispano-Americano, cuya Casa Central está en Madrid.

Después de almorzar el pretendiente de Lola a las tres de la tarde, entusiasmado con la idea de hacer mérito ante su padre y el marqués quienes le confiaron tan delicado cometido, tomó uno de los tranvías más cercanos, dirigiéndose a la Plaza de la Constitución con el propósito

96

propósito

don

+

+

+

+

+

+

c

c/

que conocemos. Descendiendo allí ~~atravesó el trecho~~ que le separaba de la calle de la Sierpe, donde se halla instalada la entidad que mencionamos anteriormente; pero ésta aún no tenía abiertas sus puertas, ~~es que era día feriado~~, lo que no tuvieron en cuenta el marqués ni el mismo Raul siquiera. Sumamente contrariado éste, se disponía a regresar a la casa del aristócrata ~~citado~~, cuando un amigo le detuvo diciéndole:

—¿Hombre, tú por aquí? ¿Dónde vas?

—Déjame, déjame, Ernesto, tengo mucha prisa, no puedo detenerme, —contestó Raul al nuevo personaje que presentamos, de quien nos ocuparemos más detenidamente.

—No importa, vamos a tomar algo, —repuso aquel.

—Perdóname, pero. . . .

—Qué pero ni qué manzana. —¡Vete!, no te necesitamos, ordenó Ernesto al auriga que había llamado su amigo, dándole dos pesetas y cogiendo a éste del brazo se lo llevó a uno de los cafés más inmediatos. Entrando Raul en el mismo, dijo ~~al go contrariado~~:

—Mira, no te enfades si hoy no me entrego a nuestras juergas habituales; me debo a mi padre quien de acuerdo con el marqués de Silva, éste último acaba de entregarme intereses ajenos para depositarlos en el Banco; pero sin acordarse, ni yo tampoco, por no ser domingo hoy, que es día de fiesta y por eso tengo que ~~volverme en seguida~~.

—¡Qué disparate! —replicó Ernesto, — ahora no debemos separarnos, está una tarde deliciosa. Después de tomar nuestro café iremos a casa de la Paca.

—¡Oh, eso no, de ninguna manera! será otro día, déjame ahora, —contestó Raul poniéndose de pie.

—¡Qué tonto eres! ¿No dices que llevas dinero? Pues el dinero al dinero llama.

—El que yo llevo no es mío, —repuso el hijo de don Salustiano.

—Eso qué importa; del mismo juegas tú mil pesetas y verás que doblas la suma.

—¡Cállate, cállate! me das miedo. ¡Qué tentación! —contestó Raul.

—Anda, anda, —insitió su amigo disuadiéndole. — No seas tonto, vamos ahora donde te he dicho, la Paca tiene unas chicas que son más bonitas que las estrellas. Ha

estivo

pa ser

regresar

en

97

e

+

+



+

+

+

+

+

98



puesto su casa que ¡kolé! por las mujeres que saben ofrecer comodidades a los que la visitan. Es un cabaret modelo donde tú, ahora mismo, vienes conmigo. Mañana depositarás el dinero que llevas y para más seguridad, guárdalo en el pecho, —añadió Ernesto tratando de convencer a Raul quien contestó:

—¡Imposible! ¿Dónde voy a esconder esta cartera de magistrado sin que se note?

—Envuélvelo en un papel.

—Aquí no lo saco, es peligroso.

—Entonces, tomemos un coche cerrado, —dijo Ernesto llamando a uno de los más bonitos que estaban situados en la Plaza de San Francisco y una vez dentro del mismo hizo que Raul sacara los billetes que constituían la suma de un millón, más o menos, de pesetas, instándole a que los guardara en el pecho envueltos en un diario que compró a propósito. Hecho esto, dijo Ernesto:

Raul, antes de guardarse aquella suma que impudenteramente le fue confiada a él por el marqués de Silva, apartó un billete de a mil pesetas, según le aconsejara el perdido de Ernesto, haciendo un gesto significativo como demostrando que procedía sin voluntad; luego dijo:

—Si llego a perder, me pego un tiro.

—Tus escrúpulos me dan risa, hombre, —contestóle su compañero.

—Es que pienso, —dijo aquel libertino, — en mi padre, en mis hermanos, en ¡ella! —exclamó suspirando Raul.

—¿Estás enamorado?

—Mucho, Ernesto, como nunca.

—Vamos, vamos, de alguna de nuestras amigas + —preguntó este último.

—¡Silencio! A esa mujer sólo pueden nombrarla los ángeles del cielo porque es un ángel.

—Pues vamos a un infierno donde los ojos de esas endemoniadas, cuando miran achicharran. Déjame a mí de cosas celestiales, —expresó con burla Ernesto.

Hablando de tal suerte, llegaron a una casa magnífica situada en la calle de los Reyes Católicos, una de las más anchas y alegres de Sevilla, y después de pagar Raul al cochero, penetraron en ella.

—¡Paca, Paca! aquí estoy yo y no solo, —gritó Ernesto desde la escalera.

replucó

98

ISABEL G. DE LA SOLANA

+
—Vienenidos, —contestó una elegantísima mujer que debía, en sus buenos tiempos, haber sido muy hermosa, saliendo a recibirles.

+ —Oye Paquilla ¿Ahora hay gente en la sala de juego? —preguntó Ernesto a la dueña de aquel antro galante.

+ —Hasta la noche no viene nadie, —repuso ésta, — pero las muchachas no han salido, pueden ustedes pasar.

+ —Armatemos juerga, —dijo el diabólico amigo de Raul, quien comenzó a sentir apetitos desordenados, sin pensar que saciándolos abría un abismo a sus pies.

+ Ernesto era de uno de esos jóvenes pertenecientes a buena familia; pero a quien su padre cerró la bolsa, negándole dinero para sus vicios.

+ En la llamada alta sociedad hay muchos pollos "bien" cuya vida se desliza entre orgías continuadas: pálidos, encenques, envejecidos antes de tiempo, sin amor al trabajo, cuando por cualquier causa perciben medios económicos, debido a una herencia de familia, que dilapidan de mil modos, viéndose arruinados, buscan una esposa rica a las veces hija de honrado industrial, hacendado o comerciante, que se consideran felices emparentando con gentes de rango superior. Efectuado el matrimonio con fastuosidad, poco tiempo después el marido se hostía de su mujercita legítima y con el dinero de ésta, vuelve a buscar los goces que no encuentra en el hogar recién constituido, porque la mujer, no educada como para so- frenar vicios y pasiones del hombre que la desposara sólo por interés, sin pensarlo éste la hace víctima, cuya existencia desgraciada es continuo martirio, como víctima es también su descendencia, que viene al mundo en ocasiones débil, viéndose por ello a tanto niño anémico, sí- filítico o tuberculoso, de modo que la raza va degeneran- do. Ernesto, como dijimos anteriormente era uno de esos pollos "bien" arrojado de su casa paterna, por cuyo mó- tivo no amaba a sus padres ni le importaba tampoco man- cillar su nombre, buscando medios de subsistencia ilícitos debido a su holgazanería.

+ Condiscípulo de Raul, fue su maestro en el tragar nervioso de la concupiscente vida que se trazaron. Mucho peor que éste, se empeñaba en arrancar de su alma todo sentimiento ajeno a la depravación en que se anegaba su espíritu. Canalla de levita y frack, muy conocido por

ISABEL G. DE LA SOLANA.

los calaveras más elegantes de Sevilla y debido a su fama de conquistador, merecía los aplausos del antro donde concurrían también mucho afeminados, de esos que se entallan y perfuman como una mujer coqueta, pero hay hombres que aun vistiéndose por los pies, por sus hechos condenables, niegan el sexo. Ernesto no era así, pero tenía amistad con los niños góticos que pasan el tiempo sin ser útiles ni aun para ellos mismos.

Perdónenos el lector si hemos distraído su atención con las consideraciones hechas anteriormente y síganos ahora cuando vamos a entrar en uno de los salones de la casa de Paca, con nuestros ya citados personajes.

—Buenas tardes, dijeron éstos a las muchachas que se encontraban ociosamente tumbadas en cómodos divanes, fumando cigarrillos.

—Hola, Ernesto ¿con quién vienes? —preguntó una de ellas, incorporándose de su indolente postura.

—Con mi amigo Raul, el calavera más galante y generoso, —repuso el interpelado.

—¡Hola por los hombres guapos! —dijeron todas agasajándole, obedeciendo a una seña significativa del amigo que le acompañaba.

—Me costó un trabajo enorme convencerle para que viniera conmigo, —dijo éste.

—¿Es que nos tenías miedo? —preguntó una morenaza insinuante.

—Yo no temo ni a Lucifer y como creo a ustedes hijas del infierno, a la hoguera iremos juntos; pero otro día, hoy debo marcharme.

—No será antes de apurar conmigo el vino tentador, —replicó otra de las presentes.

—Eso es, eso es, —dijo tartamudeando un joven de larga melena y desabrochada camisa, ebrio totalmente, revelando por la indumentaria su mísero estado de pobreza. —Aquí, añadió el mismo, se vive una vida de placer; no echan a la calle a nadie como nos echan los caseros que son unos tigres!

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Raul a la dueña de la casa.

que

+

Ole

+

+

100

+

"

"

as

+

—Un talento, gran escritor, periodista e inventor también de un aparato que sirve para evitar enfermedades contagiosas, aplicándolo al teléfono, contestó Paca, añadiendo: —Nosotras le damos de comer, duerme en los divanes ¡pobrecillo! para olvidar su desgracia, el infeliz se inyecta cocaína. Nadie le ayuda, nadie le escucha ni le comprende; pero tiene en mí una protectora porque hay que ser compasiva con los infortunados.

—Raul miraba con asombro a la mujer que así decía, extrañando su lenguaje, pero como no era un observador sociólogo ni moralista, prestando más atención a la hermosa joven que le tendía redes de lujuria, se fue a su lado.

—¿Conque querías dejarnos? —le preguntó aquella tuteándole como a todos.

—Mi padre me espera, ya lo sabe Ernesto; vine únicamente por complacerle.

—¡Oye! ¿tienes miedo a tu padre? —inquirió otra más descarada todavía.

—¿Yo?.....

—Déjenlo que va a llorar ¡pobre nene; —contestó la primera riendo a carcajadas.

—Si tú no me quieres, —replicó Raul— entonces lloraré de rabia, negra, mala gitana!

—Así me gustan los hombres, que sean castizos y con riñones, —repitió aquella Eva, agregando:

—Toma, bebe, emborráchate de vino y de cariño, que eres más guapo.....

—Ya es nuestro, —advirtió Ernesto a otra de las mujeres con quien estuvo hablando en voz baja.

—¿Pero es que hoy no vamos a ninguna parte? —dijo la misma.

—Donde ustedes quieran, —contestó Raul un tanto alumbradillo por el jerez que le brindaron.

—Vamos a ver, que traigan dos coches, —ordenó Ernesto a un criado en tono imperativo.

—Que sí, que sí, que los traigan, —repitieron todos.

—¿A dónde van ustedes? —preguntó el infeliz protegido de aquellas haitaras.

—A la Venta del Rey. Ven con nosotras, si tú quieres, —díole Paca— allí te inspirarás y pudiendo hacer unos versos dedicados a Raul.

de con

101

e

—Yo no canto a los hombres, que mi lira vibra únicamente templada por Venus madre de la belleza. Canto al amor, canto a la Naturaleza, canto al placer, canto a la vida, pretendiendo hacerla más amable en medio de mi desprecio por ella. ¡No voy, ~~no~~ con ustedes, divertíos mucho.

—Pobre Carlos, —exclamó compasivamente una preciosa joven rubia y delicada como un biscuit, viendo marcharse la alegre caravana.

—Tú me comprendes, Liseta, —expresó aquella víctima de su talento e injusticia de la humanidad, añadiendo: —Quédate conmigo, aquí, aquí, a mi lado, deja que ellos vayan a mentir lo que no sienten engañándose a sí mismos. Yo te leeré mis versos, eres mi musa triunfadora.

—No vienes, Liseta, —preguntaron desde el portal sus compañeras a la citada joven.

—No, ya sabéis que la alegría me entristece, —repuso ella.

—¡Romántica, plamplinoso! —le gritó otra de las mujeres que iban de juerga, llamada Irene. — Que no se indigesten los versitos; ~~ella~~ hasta luego, viva la alegría.

En dos automóviles, emprendieron Ernesto, Raul y las mujeres que les acompañaban, el camino hacia el merendero mencionado o sea la Venta del Rey. En tanto llegan, quedemos con Luisa y Carlos, escuchando la protesta de dos almas. El salón estaba en la penumbra, Liseta tocaba el piano, Carlos recitaba a su oído endechas de ilusiones, de esperanza, poemas de tempestad que sentía rugir en su triste corazón, cansado ya de ser bueno.

—Ah! Si me hicieras caso, —decía Liseta al fracasado escritor, — yo sería dichosa, Carlos! Deja de inyectarte drogas heroicas, escribe, lucha, trabaja, triunfa y luego llévame a tu lado, que seré más una amante, tu compañera, tu hermana buena y afanosa de tu gloria.

—¡Oh rosa ensangrentada de tus labios, cómo perfumas mi carne! ¡Oh estrella de tus ojos, qué brillo tienen, Liseta!..... ¿Es posible que tú me ames? No lo creo, porque tú debes odiar al hombre como se odia a quien nos daña.

—O se le perdona, Carlos, repuso ella.

—Liseta! Luz de antorcha divina caída, como yo, en

el fango. Ya son opacos los rayos de tu fe, no me deslumbran, es imposible.

—Por eso caímos, porque la fe nos ha faltado; pero si tú quisieras aún llegarías muy lejos; yo, dentro del ambiente maldito en que se desarrolla mi vida, te ayudaría, —insistió dulcemente la hermosa joven.

—¿Con el fruto de tu venta? ¡Ah, que la dignidad nace de lo digno.

Tú, como yo, somos pretéritos entre muchos, que sin conocerla han sido causa primordial de que nosotros la perdiéramos. Anda, toca el piano, sus notas deleitarán al soñador vencido, Venus de mis horas melancólicas. Así; cuán suave y acariciadora es esta música.... Ven, quiero que pruebes como yo el sublime placer ~~que ofrece~~ la morfina, quiero que una aguja penetre en tu carne lasciva y te duermas al arrullo de mis besos sensuales.

—Toca el piano, toca el piano y no te me resistas mientras al alfilerazo del goce máximo porque todo goce es hijo del dolor.

—¡Carlos, —gritó Liseta, — me haces daño!

La noche dejó en la obscuridad aquel salón donde el vicio tenía uno que otro momento aleicos de nobleza. Un suspiro y un gemido se dejó oír como el ritmo de una nota musical; mientras tanto, en la Venta del Rey, entre libaciones repetidas, rasgueo de guitarra y cantares inspirados por la alegría que ofrece el vino y deseos fáciles de saciar, fue aprisionado Raul en las redes que le tendió Ernesto, de acuerdo con la morenaza, que al mirarle provocaba un incendio en su pecho de pasiones, siempre pronta a estallar.

—Que cante la Irene, —dijeron todas a la compañera del mencionado Raul.

—¡Holé! Bien por las niñas de buten, —dijeron todos oyendo su canción gitana, al compás de las palmas.

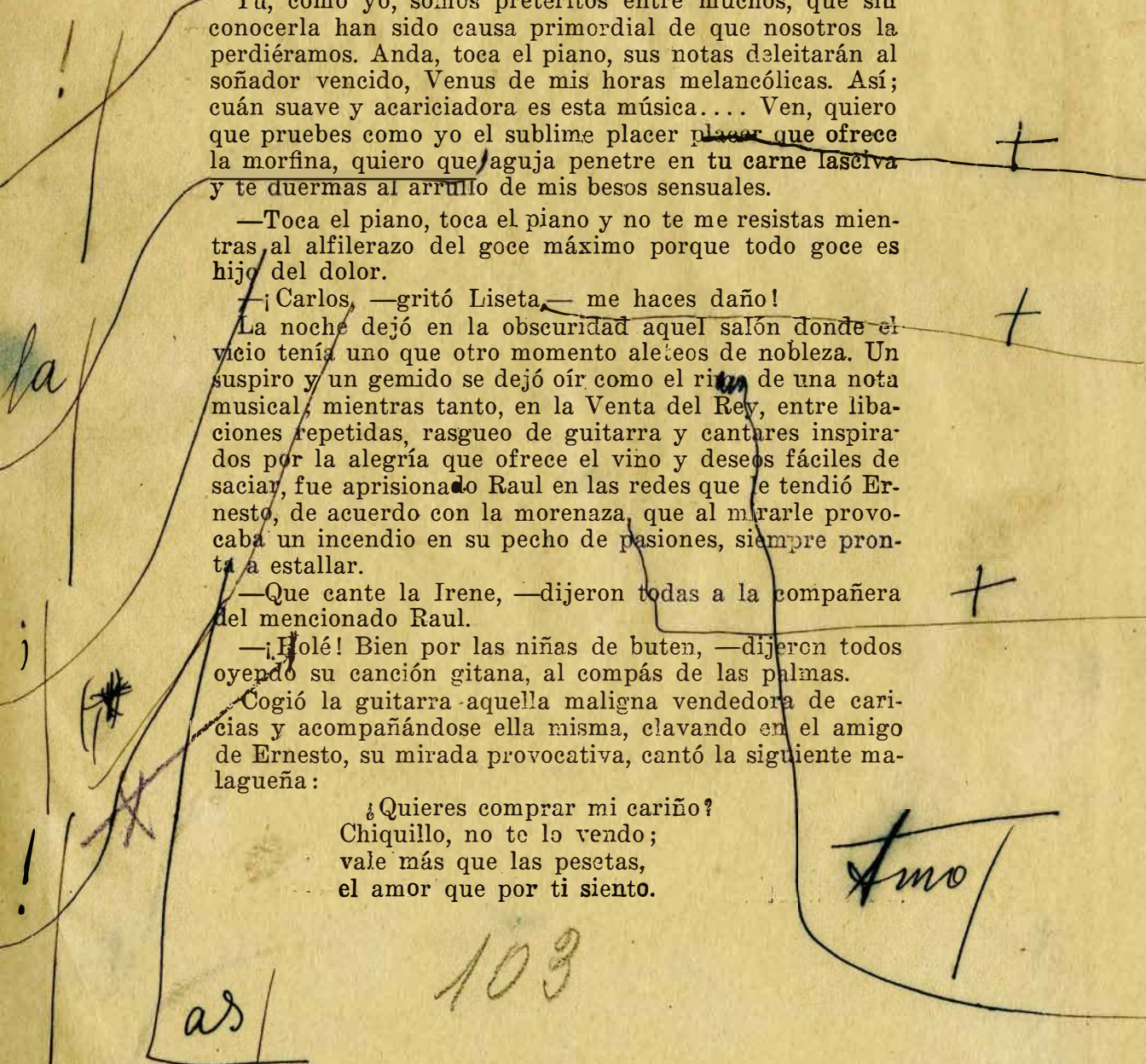
Cogió la guitarra aquella maligna vendedora de caricias y acompañándose ella misma, clavando en el amigo de Ernesto, su mirada provocativa, cantó la siguiente malagueña:

¿Quieres comprar mi cariño?
Chiquillo, no te lo vendo;
vale más que las pesetas,
el amor que por ti siento.

Amo

103

as



—Otra figura digna es, —dijo Laurita— mi tocaYa, edu- Gabriel— a Alba, Herrera y Ogazón, autora de un variado cadora y celebrada escritora, señora Méndez de Cue

—¡ Ah, desde luego! Iluminadas considero —advirtió don libro titulado, “El Arte Musical”. Además, es una gran pianista. América tiene cerebros privilegiados, y como entre nosotros se destacan, mujeres de gran mérito.

—¿ Qué periódico es este? —preguntó Laurita cogiendo Lo dirige Emilia Enríques de Rivera. Es importantísimo uno de la colección ilustrada.— ¡ Ah! sí... “El Hogar” y preferido por las damas. De vez en cuando, María B. de Alvarez, publica alguna que otra poesía.

—Yo la conozca, es veracruzana —contestó Lola. En este número viene, una muy sentimental. Se titula:

“SIN MADRE”.

“ En mísero lecho, con gesto doliente
La madre nagustiada, con fiebre delira
Y y el pequeño niño de rostro inocente
Curioso la mira.

La luz de una vela, apenas alumbra
El niño solloza, la madre se queja,
Parecen fantasmas entre la penumbra
de la casa vieja.

—Mamá, tengo miedo. ¿ Por qué estás callada?
¿ Qué ya no me quieres? La noche está fría.
¿ Por qué no respondes? ¿ Estás enojada,
Madrecita mía?

La enferma que escucha, extiende la mano,
Hacia el pobre niño, que triste la mira,
Sintiendo a lo lejos las notas de un piano,
La enferma suspira.

Muy cerca aletean rumores de fiesta,
Los ricos, gozosos, se entregan al baile,
Llegan al tugurio preludios de orquesta
Que trasmite el aire.

De pronto la madre, entre en agonía,
Sin mirar al niño, que cerca está de ella
La fiesta prosigue con mucha alegría,
La noche es muy bella.

El niño se azora, de ver el semblante
De la triste madre que está agonizando
Y siguen las notas, de aquel vals brillante;
Que otros van bailando.

—No te duermas, madre: oye aún la fiesta.
¿ Tienes tanto sueño, madrecita mía?
Oyo qué bonita se escucha la orquesta
En la noche fría.

De la pobre madre cesaron las quejas,
Parece que duerme con la boca abierta
El niño la cubre con sus mantas viejas
¡ Sin ver que está

Se acerca, y la besa, en la frente helada,
Creyendo que duerme, se acuesta con ella
Y alumbra este cuadro, con dulce mirada
La luz de una estrella.

¡ Oh noche serena, con tu negro manto,
Envuelves callada, mil sueños de amor,
Crímenes y fiestas, dolores y llanto;
Que causan pavor.

¡ Oh! noche callada, sigues impasible
Llevando en tus alas, misterio profundo,
¡ Ay! como aquel niño la muerte invencible,
A otros huerfanitos, dejara en el mundo.
Los ricos se embriagan de luz y de vino;
Los pobres se mueren sin luz y sin pan.
Pero todos llegan al mismo destino
Todos morirán!

—Verdaderamente —dijo don Gabriel— que son muy lindos esos versos. Otra poetiza mexicana meritísima que vive en España, es María Enriqueta.

—De gran vuelo —objtó Laurita.— También se distingue Dolores Balio de Peón, que ha publicado, “Una Hoja del Pasado”, “Poemas de Antaño”, “La Cruz de Mayo”

“Para alzar de la noche el hemisferio
 De perlas y oro que la mar engasta,
 Dadme un punto de apoyo, les dijiste,
 Que la palanca de mi fe me basta.”
 El corazón de la mujer tuviste,
 Y tendiendo a los vientos la ancha lona,
 Marchastes a pedir o lo Ignorado
 Tu sublime corona:
 Poh hórridas borrascas despertado
 Corrió el mar ante tí su velo denso,
 Mas ibas tu, tras tu ideal soñado,
 Solo, tranquilo, inmenso!
 Nada te pudo detener, ni el hombre
 Cuando la aurora en el zafir marcaba
 Uniendo a la del mar su saña impía...
 Con su aguja de oro tu agonía,
 Tú en pie en la proa del bajel hispano,
 Clamaste con acento sobrehumano:
 “En el nombre de Dios Omnipotente
 En cuyo arbitrio la creación se encierra:
 Despierta, Continente!”
 Y cual eco pasmoso, de repente,
 Gritó una voz en lontananza: ¡Tierra!

Y ¿qué más desear, nauta atrevido?
 Entre el futuro y tú la muerte sobre;
 Hombre del barro y del dolor nacido
 A quien el Creador ha permitido
 Colaborar impávido en su obra.
 Gracias a ti, la completada esfera,
 Atomo de topacio,
 Se ha sentido volar en el espacio;
 Gracias a ti los astros radiantes,
 Lumínea florecencia de la noche,
 No a nuestros ojos son regios diamantes
 De la diadema sdieral del mito,
 Sino soles de órbitas gigantes
 Girando en un rincón del infinito.
 Integra ya la humanidad avanza
 Hacia el Dios, que del alma inteligencia
 Se aleja como sombra, y la esperanza
 Enciende como luz en la conciencia.
 Gracias a ti, Colón! ¿Qué dar podría
 Nueva aureola a tus cabellos canos?
 La más noble de todas, la más triste:
 La tuviste, filz! Cuando premiaba
 La ingratitud cruel de los humanos.
 El cielo con un mundo
 Tus incontables penas,
 El hombre te ligaba
 Al borde de la tumba con cadenas.

¡Mártir padre de América! El futuro
 En la hora fatal de la justicia
 Te exhumará de tu sepulcro obscuro;
 Un himno estallará de polo a polo.
 Y hará entonces tu tierra americana
 De tu corona de martirio el igneo
 Sol de tu apoteosis soberana!
 Cuando llegue ese instante
 Poned en la balanza, grandes reyes,
 La protección, la autoridad inmensa,
 Dada y quitada sin piedad al hombre
 Que os diera en recompensa
 Algo que fué mayor que la esperanza:
 Y coloque la historia, conmovida
 Del otro lado de la fiel balanza
 Los grillos de Colón... ¡Qué Dios decida!

—¡Qué bofetón da este eximio poeta a los verdugos del gran nauta! —observó don Gabriel.

—Entre los escritores actuales de México se distinguen por su talento, como dramaturga y novelista Teresa Farías de Isasi, cuya obra teatral “Religión de Amor”, basta por sí sola para encumbrar a su autora. Toda ella entraña una verdad sentida y expresada perfectamente. A sus dotes de gran pensadora, aduna el amor al bien, siendo una perseverante protectora de la niñez, a que dedica horas de abnegación, como presidenta del asilo de huérfanos, en el que concentra sus energías de socióloga.